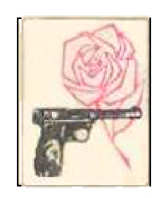


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Directorio especial

De repente aparece en escena lo que puede definirse como un «captador o reclutador de personalidades». Se entiende: personajes importantes en el ámbito mundial, que pueden ser muy influyentes llegado el momento de tomar decisiones de alto nivel político y económico. A cada personaje reclutado se le hace una oferta sumamente interesante: cinco millones de dólares y una gran promoción en su vida profesional, que le permitiría alcanzar los más altos puestos dentro de su línea de trabajo, a cambio de prestar en el momento oportuno su colaboración a la empresa Starfire, por encima de todo. No deja de ser una buena oferta, al menos económicamente y si se carece de escrúpulos. Mientras tanto, el «Directorio especial» permanece en la sombra, desarrollando sus planes secretos que llegado el momento no han de respetar vidas ni promesas, buscando tan sólo el éxito de un proyecto increíble.



Lou Carrigan

Directorio especial

Brigitte en acción - 476

ePub r1.1
Titivillus 27.01.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio
Retoque de cubierta: gilba & Renacido

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

La señorita Brigitte Montfort llegó alrededor de las tres de la tarde al aeropuerto internacional de Miami, procedente de Nueva York, de donde había salido con cierta precipitación a instancias de su jefe directo del Grupo de Acción de la CIA, *Mr*. Cavanagh.

En el aeropuerto de Miami la estaban esperando. Un hombre de mediana edad, aspecto reposado y mirada escrutadora se acercó a ella apenas apareció en el vestíbulo.

—Perdón —murmuró—…, ¿me permite su equipaje?

La señorita Montfort posó en él su mirada azul y límpida, sonrió y mostró en alto su maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—Me se moleste, gracias —dijo amablemente—. Como ve, mi equipaje es tan reducido que no necesito ayuda.

—Entonces quizá necesite un coche.

—Eso sí, ¿ve? —Amplió su sonrisa ella—, porque coche no he traído. El hombre sonrió, y señaló hacia la salida.

Claro: ¿cómo iba a traer coche en un avión la señorita Montfort? Porque, claro está, el hombre la había reconocido inmediatamente. Brigitte Montfort, la periodista más famosa de América y del mundo entero. La habían dicho:

«En tal vuelo procedente de Nueva York llega la agente "Baby". La identificará en el acto porque será la pasajera más hermosa y elegante, no tendrá problemas en ese sentido». Era cierto, no había tenido problemas de identificación. O sea, que la agente Baby era la señorita Montfort, la periodista…

Cosas del espionaje.

Miró de reojo a la señorita Montfort, que caminaba junto a él como sin percatarse de que a su paso despertaba el pasmo, la admiración, la estupefacción. Inconvenientes de ser bellísima y famosísima. Seguro que a ninguno de los atónitos admiradores se le ocurría que aquella espléndida belleza era la implacable agente

Baby de la CIA.

—¿Ha tenido buen viaje? —se interesó el hombre.

—Muy bueno, gracias, Simón. ¿O no es usted Simón-Miami?

—Sí, sí, desde luego.

—Ah.

Llegaron al estacionamiento, localizaron el coche, y Simón-Miami abrió la portezuela derecha de atrás, entrando a continuación de la señorita Montfort, la cual sonreía simpáticamente al apuesto atleta que, ante el volante, se había vuelto a mirarla absolutamente fascinado.

—¿Qué tal? —saludó ella—. ¿Todo bien por Miami?

—Ahora sí —aseguró Simón. Ella rió.

Simón-Miami terminó de cerrar la portezuela, dijo «Vámonos», y el joven del volante puso el coche en marcha. Primavera. Comenzaba a hacer calor en Miami. En un cielo de nítido azul se recortaban algunas palmeras.

—Tenemos que cruzar toda la ciudad —dijo Simón-Miami—, pues le hemos reservado una *suite* en el Ocean Hotel, de Miami Beach.

—De acuerdo.

—¿Usted ya sabe de qué va todo esto? —preguntó el jefe de la CIA en Miami—. Quiero decir… ¿le han explicado algo?

—No. Me llamaron a Nueva York, me dijeron que viniera urgentemente a Miami…, y aquí estoy.

—Lo decía por no aburrirla con cosas que usted ya supiera.

—No sé nada.

Simón-Miami asintió, bajó un panel del respaldo de los asientos delanteros, y dejó visible un pequeño aparato de televisión, en cuya ranura colocó una pequeña videocasete que sacó de un bolsillo interior. Puso en marcha el aparato.

Las primeras imágenes que aparecieron eran de un hombre de algo más de cincuenta años, bastante calvo, de ojos pequeños y penetrantes, papada considerable y boca de labios delgados y apretados. No había que hacer gran esfuerzo imaginativo para verlo como había sido veinte años atrás: un hombre atractivo, decidido, de facciones más bien duras. El tiempo, sin duda, lo había relajado.

—Lo conozco —dijo enseguida Brigitte.

—Sí, él ya nos lo advirtió. En realidad es quien ha originado

todo esto. Fue él quien dijo que había que avisarla a usted, según tengo entendido.

Brigitte asintió. Sí, conocía bien a aquel hombre. Años atrás había sido un agente del Grupo de Acción de la CIA, un Simón; ahora, ya maduro y con mucha experiencia, formaba parte del Directorio de la CIA, al cual se había enfrentado la agente Baby más de una vez…, pese a lo cual ciertamente, seguía siendo altamente estimada y respetada. El hombre se llamaba Wayne Russell, y era uno de los más inteligentes componentes del Directorio de la CIA en Langley.

—Saludos —dijo el calvo Russell en la pequeña pantalla—. Ahora le explicarán qué está ocurriendo.

Su imagen quedó congelada. Simón-Miami comenzó la explicación:

—El señor Russell recibió no hace mucho una… oferta sumamente interesante: cinco millones de dólares y una gran promoción en su vida profesional, que le permitiría alcanzar los más altos puestos dentro de su línea de trabajo, a cambio de prestar en el momento oportuno su colaboración a la empresa Starfire[1]. El señor Russell, naturalmente, quiso saber qué era exactamente Starfire y en qué habría de consistir su colaboración, pero le dijeron que lo sabría todo a su debido tiempo. El señor Russell, naturalmente, insistió, y la respuesta fue que no podían facilitarle esa información por la sencilla razón, entre otras causas, de que su ofertante la desconocía. Dicho ofertante aseguró al señor Russell que él era solamente un… intermediario, un… captador de personalidades que recibía órdenes del Directorio Especial secretamente.

—¿Quién es ese ofertante?

—Ahí está la cuestión —sonrió ceñudamente Simón-Miami, haciendo continuar la proyección del video—. Véalo. Su nombre es Andy Reynolds.

Había desaparecido la imagen de Russell, apareciendo en su lugar la del tal Andy Reynolds. Éste debía de tener poco más de treinta años, era no sólo atractivo, sino evidentemente inteligente, y, además, resultaba tan simpático que Brigitte no pudo evitar una sonrisa. Se sucedieron algunas imágenes del tal Andy Reynolds, caminando por la calle, saliendo de un cine, tomando el sol junto a

una piscina…

—Todo un atleta guapísimo y parece que simpático —murmuró la espía más peligrosa del mundo—… ¿A qué se dedica?

—Actualmente, a contactar con personalidades de considerable importancia, como es el caso de Wayne Russell.

—¿Anteriormente?

—Era agente de la CIA.

Brigitte miró vivamente a Simón-Miami.

—¿Quiere decir que era un Simón? —exclamó.

—En efecto. Un muchacho muy valiente, eficaz, leal… Uno de los mejores elementos del Grupo de Acción. Habla varios idiomas, y le aseguro que es una persona muy peligrosa.

—¿Fue expulsado de la CIA o la dejó voluntariamente?

—La dejó voluntariamente. Salió por la puerta grande, sin problemas excesivos. Dijo que tenía problemas de conciencia, que temía que eso le hiciera cometer algún error importante que perjudicase a la CIA y a él mismo, y que prefería dimitir. No hubo más remedio que aceptarle la dimisión. A regañadientes, pero está bien claro que no se podía seguir utilizando a un hombre que tenía problemas de conciencia y que cuestionaba las misiones, dudaba de su propio cometido… No se puede contar con un hombre que tiene esos conflictos internos.

—Desde luego que no —murmuró Brigitte—… Podría ocasionarnos muchos problemas. Pero veamos…, él dejó la CIA, y… ¿a qué se dedicó?

—A nada. Todos comprendieron que durante una temporada deseaba descansar, sin duda buscando reorganizar su mente, serenarse. De pronto, reaparece, y lo primero que hace es dirigirse a Russell para hacerle esa proposición. Le dijo que tenía buen recuerdo de él, que le consideraba un directivo muy inteligente y capacitado y que era sin duda una persona muy idónea para colaborar con la Starfire. Russell estaba atónito. Es claro, reaccionó y quiso saberlo todo sobre la Starfire, pero no hubo manera de sacarle una sola revelación a Reynolds.

—¿Ni siquiera de cómo pensaba conseguir cinco millones de dólares?

—Nada de nada. Total, que convinieron que, en principio, Russell estaba dispuesto a colaborar con la Starfire, pero que no se

comprometía formalmente hasta que conociera en qué consistía esa colaboración. Reynolds dijo que de acuerdo, y que oportunamente sería requerido para una entrevista personal y ser puesto al corriente de todos los proyectos de la Starfire. Y así quedaron, a la espera de ese momento.

—¿Cuánto hace de eso?

—Poco más de un mes.

—¿Y qué ha estado haciendo Reynolds durante ese tiempo? Quiero decir que supongo que el señor Russell ordenó que Reynolds fuese rastreado y vigilado las veinticuatro horas del día.

—Por supuesto. Después de que Russell y Reynolds se separaran, el primero ordenó vigilar al segundo. Nuestros muchachos tardaron un par de días en localizarlo, y a partir de entonces no le han perdido de vista.

—¿Y…?

Simón-Miami señaló la pequeña pantalla, que de nuevo cambió de imágenes. Apareció el rostro de un hombre de alrededor de sesenta años, de abundante cabellera blanca, expresión seria y grave.

—Este es el senador Alvin Rawlings —dijo Simón-Miami—: también fue entrevistado por Andy Reynolds, y recibió la misma oferta que Wayne Russell. Lo sabemos con toda certeza porque cuando Reynolds estuvo lejos del senador Rawlings, éste fue requerido por Russell, se entrevistaron, y uno al otro se explicaron su entrevista con Reynolds. A los dos les había ofrecido lo mismo: cinco millones de dólares y una gran promoción profesional de la cual se encargaría la empresa Starfire a su debido tiempo. Usted ya habrá comprendido que tampoco el senador Rawlings consiguió mayor información por parte de Andy Reynolds.

—Claro. ¿A cuántas personas más ha entrevistado Andy Reynolds?

—Ajá, usted ya lo ha emprendido… Sí, parece que está dedicado con gran entusiasmo y tenacidad a la formación de un… equipo de directivos de altos vuelos que entrarían a formar parte de esa empresa llamada Starfire. La siguiente persona a la que entrevistó fue Thomas A. Larson —en la pantalla apareció el rostro de un hombre de unos cuarenta y cinco años, de frente angosta pero mirada inteligente y gesto resuelto—… Thomas A. Larson es un alto

directivo del G-2, es decir, los servicios de inteligencia de la Marina de los Estados Unidos. Russell contactó después con Larson, y así supo que todo había sucedido exactamente igual que con él y con el senador Rawlings.

—Es decir, que ya tiene en su línea de oferta a Russell, de la CIA, a un senador, y a Larson, del G-2. ¿Quién sigue?

—No estamos muy seguros, pero sea quien sea la oferta se va a producir aquí, en Miami.

—O sea, que nuestro encantador Andy Reynolds está en Miami.

—Concretamente, se halla alojado en el Ocean Hotel, de Miami Beach.

—Entiendo —asintió la divina espía—. Y como yo también tengo alquilada una *suite* en ese hotel se supone que quizá consiga… establecer contacto con Reynolds y enterarme de qué está tramando, y con quién se entrevista en esta ocasión.

—Eso lo sabremos nosotros sin mayores problemas, pues lo tenemos muy bien vigilado… Me refiero a enterarnos de cuál es la próxima personalidad a la que hará la oferta. De usted se espera que averigüe el resto: qué pretende Reynolds, qué es la Starfire, quiénes la componen… Bueno, todo eso, usted ya sabe. Y todo eso, de un modo… sutil, sin espantar a Reynolds. Como comprenderá, para hacerlo a las malas no la íbamos a molestar a usted, nos bastábamos solos. Esto aparte, la impresión que obtuvieron en su momento tanto Russell como Rawlings y Larson es que ese muchacho no sabe demasiado, que efectivamente es un intermediario de poca monta, o sea que si lo cazamos a él y lo presionamos corremos el riesgo de no enterarnos de nada que valga la pena. A nuestro directorio le pareció mejor darle cuerda al muchacho, seguir todo el juego, y ver adónde vamos a parar. Como siguiente paso no estaría mal averiguar a quién llama él después de cada entrevista.

—¿Cómo que a quién llama? ¿Qué quiere decir?

—Tarde o temprano, después de cada entrevista Reynolds llama a alguien por teléfono… Siempre desde una cabina pública. Conversa unos minutos nada más. Todavía no hemos conseguido saber ni siquiera adónde llama pero está claro que pasa el informe respecto a su último contacto, y cabe suponer que recibe instrucciones respecto al siguiente.

—Es decir, que suponemos que con esas llamadas entra en

contacto con alguien de la Starfire.

—Sí, eso suponemos.

—Con una simple llamada telefónica.

—¿Por qué no? Muchas veces los medios más sencillos son los más adecuados. Mire, ese muchacho fue uno de los buenos dentro del Grupo de Acción, él tiene que saber muy bien lo que está haciendo… Quiero decir que no es ningún bobo al que podamos atrapar con una tontería.

—¿Cree usted que él incluso ha podido darse cuenta de que la CIA le está controlando?

—Demonios, esperemos que no se haya dado cuenta…, pero no me sorprendería demasiado que sí se hubiera dado cuenta. Sería un error olvidar que Reynolds era un eficaz espía hace una temporada.

—Sí, sería un error… ¿Hay algún personaje importante en el Ocean Hotel, alguien del nivel que interesa a Reynolds?

—Norteamericano, no.

—¿Qué quiere decir?

—Ayer por la noche llegó al hotel un ruso. Su nombre es Andrei Tichenko, y es uno de los más importantes diplomáticos de la embajada rusa en Washington.

—Pero… ¡hasta ahora Reynolds solamente ha contactado con norteamericanos!

—Y quizá siga haciéndolo así en el futuro —admitió Simón-Miami—. Es muy posible que la llegada de ese ruso al Ocean Hotel sea una simple casualidad, que el hombre se haya tomado unos días de vacaciones para tomar el sol. Sea como sea, pronto lo sabremos: si está ahí por Reynolds, no tardarán mucho en hacer el contacto.

Brigitte quedó pensativa. Hacía unos minutos que habían dejado atrás el complejo de cruces aéreos bajo el cual discurría la Airport Expressway, y ahora circulaban ya por Julia Tutle Causeway, la autopista que une Miami con Miami Beach cruzando Biscayne Bay. A derecha e izquierda el mar refulgía en azul. Brigitte sonrió de pronto al ver un par de gaviotas como suspendidas en el aire azul.

—Bueno —dijo de pronto—, o sea, que tenemos una… empresa llamada Starfire y un Directorio Especial de esta empresa del cual recibe órdenes nuestro ex compañero Andy Reynolds. Y tenemos que éste dejó la CIA hace una temporada por cuestiones de conciencia… Esto último debería indicarnos que no puede tratarse

de nada malo lo que está haciendo, ¿verdad?

—Quizá no. Pero yo no he conocido a nadie que vaya ofreciendo millones de dólares por hacer cosas buenas.

—Yo tampoco —suspiró desilusionada la agente Baby.

Capítulo II

El ex agente de la CIA Andy Reynolds todavía resultaba más guapo y de aspecto más simpático al natural que en fotografías. Brigitte sabía muy bien que algunas personas (como ella misma, por ejemplo) tienen un encanto especial, no premeditado, que predispone al resto del mundo a considerarlos simpáticos y a desear su trato. Y este era el caso de Andy Reynolds, no había que darle más vueltas.

Cuando aquella tarde, un poco antes de la hora de la cena, apareció en la terraza con palmeras del Ocean Hotel, todas las mujeres presentes se quedaron mirándolo fascinadas. Incluida la señorita Montfort, que terminó por sonreír y desviar la mirada hacia el mar, a tan corta distancia que oía perfectamente su rumor.

Andy Reynolds pidió un aperitivo, y miró su reloj de pulsera. O sea, que estaba esperando a alguien. ¿El ruso? Naturalmente, por su condición de periodista de élite Brigitte conocía muchos diplomáticos de alto nivel no sólo rusos, sino de muchas otras nacionalidades, pero no recordaba ninguno llamado Andrei Tichenko.

«Bueno —pensó la espía—, tampoco se me puede exigir que recuerde todos los nombres y todos los rostros. Soy una persona, no una máquina».

Pero se le ocurrió que quizá cuando viese a Tichenko por el hotel sí lo recordaría. A veces, vemos cosas que quedan «almacenadas» en nuestra memoria, y que nunca más adquieren vigencia salvo que, precisamente, esas cosas las necesitemos en un momento dado.

Sí, la mente es una cosa muy rara. Aunque no tanto. A fin de cuentas, el Hombre es ante todo Mente. Lo que ocurre es que no la utiliza debidamente, y de ese modo, claro está, no obtiene de ella todo el gran provecho y utilidad que verdaderamente contiene…

Cuando apareció Andrei Tichenko Brigitte lo reconoció enseguida. En efecto, lo había visto alguna vez en alguna recepción diplomática, pero nunca había hablado con él, y nunca le había parecido que aquel diplomático fuese de un nivel excesivo.

Pero sí, lo recordaba, era una de esas «cosas» que sus ojos habían visto alguna vez, habían pasado la información la mente, y allá había quedado, hasta entonces…, hasta el momento oportuno.

Andy Reynolds se puso en pie, acudiendo muy afablemente al encuentro del diplomático ruso, al que tendió la mano con simpática cordialidad. Cuando los dos hombres se sentaron, Brigitte se sintió verdaderamente contrariada: antes, Andy Reynolds había estado sentado de cara a ella; ahora, tras cederle al ruso el asiento que había estado ocupando, se sentó de espaldas a Brigitte.

Es decir, que ésta no podría saber lo que Reynolds decía observando el movimiento de sus labios. En cambio, podría saber lo que hablase Andrei Tichenko, pues éste quedó perfectamente encarado a ella y bien visible su rostro. Un rostro redondo y fuerte, de labios gruesos, ojos pequeños y perspicaces protegidos por espesas e hirsutas cejas sobre las cuales caía con insólito aire juvenil parte de la gris melena del diplomático.

Brigitte se sirvió un poco más de champán de la botella que permanecía fría en un cubo junto a la mesa, y un camarero acudió trotando, aterrado por haber permitido que una clienta se sirviera personalmente.

—No se preocupe —casi rió la divina—. Lo que sí debe preocuparles es mi cena, pues cuando tomo champán como aperitivo suelo tener más apetito.

—Podemos servirle todo cuanto desee, señorita —sonrió el hombre.

—Sí, eso es lo malo. Y lo peligroso, pues cuanto más se come más se aumenta de peso, lógicamente. O sea, que lo conveniente sería comer poco. Pero puesto que el aperitivo ha despertado en mí un apetito voraz, las cosas se han complicado.

—Entiendo. Si me lo permite, me encargaré de que su cena sea… satisfactoria en todos los aspectos.

—¿Incluido el aspecto de la estética?

—Por supuesto.

Brigitte sonrió encantadoramente, y el hombre se retiró. El ruso

miraba con alguna frecuencia hacia Brigitte, que simulaba no darse cuenta. Sin embargo, pese al evidente interés que Tichenko sentía por su cercana vecina de mesa, era evidente que escuchaba con suma atención a Reynolds, que conversaba con toda naturalidad.

Esta vez todo estaba mucho mejor montado para tener totalmente controlada la situación. En primer lugar, y teniendo en cuenta que el diplomático ruso no le iría luego con el informe a la CIA, ésta, por orden de la agente Baby, estaba grabando la conversación entre los dos hombres, por el simple procedimiento de utilizar un micrófono amplificador orientado hacia la mesa de Reynolds y Tichenko.

Un amplificador tan sensible que, desde más de sesenta metros, se podía escuchar y grabar la conversación; y dos Simones encargados de esa parte de la vigilancia no se hallaban ni a treinta metros…

Luego vendría la parte más complicada y difícil, porque la agente Baby se había mostrado inflexible en esto: quería saber a quién llamaba por teléfono Andy Reynolds después de conversar con su entrevistado de turno. Para ello, habían preparado otro equipo de escucha y uno de televisión especial que deberían ser utilizados cuando Andy Reynolds efectuara la consabida llamada. Si funcionaban los dos equipos, por fuerza sabrían cuál era el número que Reynolds marcaba, ya que la cámara lo filmaría; si solamente podían obtener resultados con el equipo de escucha, también deberían tener resultados positivos al «analizar» los giros del disco, es decir, el sonido que hacía al girar tras marcar determinada letra y determinado número…

A medida que Reynolds avanzaba en la explicación estaba claro que iba aumentando el interés de Andrei Tichenko, que cada vez contemplaba con más atención y fijeza los ojos de su interlocutor, hasta que llegó el momento en que sólo estuvo pendiente de éste.

El ambiente era muy agradable en el salón-comedor con vistas al mar, que iba adquiriendo la tonalidad negra de la noche. El camarero había servido a Brigitte, como primer plato, espárragos salpicados de caviar ruso y unas gotitas de limón…

* * *

La conversación y la cena habían terminado, y Andy Reynolds se despidió de Andrei Tichenko y abandonó el comedor. El ruso permaneció todavía unos minutos sentado a la mesa, como pensativo. Por fin, se puso en pie y se dirigió resueltamente hacia la mesa ocupada por Brigitte, ante la cual se detuvo, con expresión sumamente cortés.

—Por fin me he atrevido a saludarla, señorita Montfort —dijo en perfecto inglés.

Ella le dirigió una amable mirada de sorpresa.

—¿Me conoce usted, señor?

—La he visto en persona unas pocas veces, y en televisión y fotografías de prensa y revista muchas, muchas veces… Evidentemente, usted no me recuerda, y si la estoy molestando…

—No, no, por favor, de ninguna manera, señor…

—Andrei Tichenko, de la Embajada rusa en Washington.

—Aaah… ¡Oh, sí, ahora recuerdo! ¡Claro que le he visto en varias ocasiones! En realidad, estaba segura de ello, y me he pasado un buen rato preguntándome dónde le había visto antes de ahora… ¡Claro! Perdone que no le haya reconocido, señor Tichenko.

—Es comprensible —sonrió el ruso—: yo no soy tan famoso como usted, ni me asedian en las recepciones.

Brigitte rió encantadoramente, y se puso en pie.

—Yo también he terminado de cenar —dijo—… ¿Le parece que tomemos juntos el café en el bar?

—Estaré encantado —aseguró Tichenko—. Pero si usted tiene otro compromiso…

—En absoluto —recogió Brigitte su bolsito—… He venido a Miami sola y solamente a pasar tres o cuatro días de relax. Me encanta el sol, el mar y el descanso, y son tres cosas que no tengo en Nueva York con la misma calidad y cantidad que aquí.

—La comprendo —rió el ruso—. A mí me pasa lo mismo en Washington.

—¿También usted se ha escapado unos cuantos días para descansar?

—Así es.

—Pero… usted no está solo, señor Tichenko.

—Le aseguro que sí… Oh, espere, se refiere usted al hombre que ha cenado conmigo. Es un encuentro casual de esta mañana, un

conocido de Washington que también se halla en este hotel. Es un sujeto muy simpático.

—Y muy atractivo.

—Sí —frunció el ceño el ruso, haciendo reír de nuevo a Brigitte —, debo reconocer que es muy atractivo, y muy dinámico. Es un periodista de Washington, uno de esos jóvenes que no dejan escapar la menor oportunidad para conseguir noticias… Pero no sé, como periodista lo encuentro un poco… raro.

—Ya sabe usted que todos los periodistas estamos un poco desquiciados —aseguró cómicamente Brigitte—… ¿Por qué le parece raro mi colega?

—Pues… Oh, pero dejemos eso, no tenemos por qué conversar de él, ni de sus sorprendentes ofertas. Permítame decirle que desde siempre he sido un gran admirador de usted, señorita Montfort.

—Desde siempre es mucho tiempo —se alarmó graciosamente la espía americana—… ¿Cuánto hace que me conoce usted, señor Tichenko?

—Personalmente, apenas un año —rió el ruso—, pero ya mucho antes de venir a Estados Unidos era un admirador de su calidad y talento periodísticos. Y de su… poco usual sentido de la justicia referida a la masa humana.

Brigitte le miró fijamente, y murmuró:

—Parece que es cierto que lee usted mi Sección Internacional.

—La leo siempre. No sabe usted cuánto celebro haber tomado la decisión de venir a Miami unos días. Ha sido como una inspiración… Podemos ocupar esa mesita, si le parece bien. ¿Realmente no le importa perder unos minutos con este viejo ruso de la diplomacia?

—Conversar con un diplomático ruso nunca me ha parecido perder el tiempo —aseguró Brigitte—: siempre me las he arreglado para sonsacarles algún que otro secretillo que me ha servido digamos como… información fidedigna para mis artículos. Por supuesto, siempre sin mencionar mi fuente de información y utilizando ésta de un modo velado. Se lo advierto porque deberá tener mucho cuidado con lo que me diga, señor Tichenko.

—Es usted una persona encantadora —sonrió el ruso—. Tanto, que se merece que le cuente algún que otro secretillo de mi embajada.

Rieron los dos, mientras se sentaban a una mesita.

Brigitte se preguntó dónde debía de estar en aquellos momentos Andy Reynolds, y qué podía estar haciendo.

Lo que fuese, era de esperar que los Simones encargados de su vigilancia obtuvieran la máxima información. ¿Llamaría Reynolds aquella misma noche para informar de su conversación con Andrei Tichenko y recibir el nombre del nuevo personaje a entrevistar?

—Señorita Montfort —se acercó un camarero—, hay una llamada telefónica para usted. ¿Le conecto un teléfono a la mesa?

—Sí, por favor.

El camarero fue en busca de un aparato, y Tichenko murmuró:

—Si prefiere quedarse sola…

—Claro que no. Seguramente es una llamada de Nueva York para preguntarme alguna cosa de la Sección. A veces me pregunto qué harían sin mí.

—Lo mejor en estos casos es no decir nunca adónde va uno.

—Sí, pero… no cuando nos tomamos vacaciones por nuestra cuenta. No hay que abusar… Ah, muchas gracias.

El camarero había regresado con un teléfono, que conectó a la clavija de la mesa, y entregó el auricular a Brigitte, que inquirió:

—Sí, diga.

—¿Le gustaría morir ahora mismo acribillada a balazos? —preguntó una voz masculina.

—Pues… no. Francamente, no.

—Muy bien. Entonces, haga exactamente lo que voy a decirle: despídase con toda normalidad del hombre que la acompaña, salga del hotel, y espere ante la entrada. Cuando un automóvil oscuro se detenga frente a usted, y vea abrirse la portezuela derecha de atrás, simplemente, suba al coche. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente.

—No se pase de lista, amiguita, o lo lamentará… Mejor dicho no tendrá tiempo de lamentarlo, ya sabe.

—Sí, ya sé. De acuerdo en todo, entonces.

—*Okay*.

Brigitte colgó, miró a Tichenko, compuso una sonrisa de circunstancias, y dijo:

—Una urgencia periodística no sólo inesperada, sino absurda…, pero no tengo más remedio que atenderla.

—Lo comprendo —murmuró el ruso—. Es una lástima que no podamos prolongar este rato tan agradable. ¿Quizá mañana?

—¿Por qué no? —Sonrió la espía americana—. Pero además, no tengo tanta prisa que no podemos tomar juntos el café…

Casi diez minutos más tarde, la señorita Montfort salía del hotel, ante el cual quedó esperando. Rechazó amablemente la oferta del portero para conseguirle un taxi, asegurando que esperaba a unos amigos…, y en efecto, apenas había transcurrido un minuto cuando apareció el automóvil oscuro.

La portezuela derecha de atrás se abrió, y, sin vacilar, la señorita Montfort se introdujo en el vehículo, que reanudó inmediatamente la marcha. Brigitte se había sentado junto a un hombre. Al volante había otro, mirándola por el espejo retrovisor.

El que había en el asiento de atrás junto a Brigitte le quitó a ésta el bolsito, lo abrió, y hurgó groseramente en él, sin encontrar nada de lo que buscaba, así que preguntó:

—Bueno, encanto, ¿quién es usted y qué se propone?

—Soy Brigitte Montfort, y no sé si entiendo su pregunta respecto a qué me propongo… ¿A qué se refiere exactamente?

—Respecto al ruso: ¿lo está vigilando? ¿O quizás ha sido él quien informó a alguien de la entrevista con Reynolds?

—Le aseguro que no sé de qué está hablando —mintió con todo aplomo la espía—. El señor Tichenko y yo nos conocemos hace tiempo por haber coincidido en varias recepciones diplomáticas en Washington, y al verme en el Ocean, él se ha acercado a saludarme. Eso es todo. ¿Será tan amable de decirme quiénes son ustedes y qué significa todo esto? Y no crean que me asustan: si he aceptado este… encuentro ha sido por no provocar un pánico en el hotel, ¿se enteran? Pero ahora exijo que me expliquen qué significa esto.

—Lo exige, ¿eh? —Sonrió desdeñosamente el sujeto—. Pues yo le voy a exigir otra cosa a usted: cierre la boquita y pórtese bien mientras vamos a dar un paseo, o se va a encontrar con un palmo de acero en las tripas… ¿Me ha comprendido, encanto?

—Usted no es más que un matón.

La mano derecha del sujeto apareció, se oyó un chasquido, y apareció la centelleante hoja de la navaja, que quedó ante los ojos de Brigitte, reflejando las luces de colores de los anuncios de Collins Avenue, por la cual circulaban hacia el norte.

—¿Quiere que le meta esto en un sitio donde le gustaría más que le metiera otra cosa? —dijo el sujeto, con tono perverso, haciendo reír al otro.

Brigitte no contestó. El sujeto rió, el otro repitió la risita anterior. La espía internacional estaba pasmada: nada de aquello encajaba con nada, no tenía sentido que un hombre como Andy Reynolds tuviera relaciones con semejante chusma, y todavía menos se podía relacionar al diplomático ruso con los dos matones de baja estofa.

La espía, permaneció callada unos minutos, mientras seguían circulando hacía el norte. Por fin, preguntó:

—¿Ni siquiera puedo saber adónde vamos?

—Claro que sí, muñeca —dijo ahora el del volante—… Está claro que hemos metido la pata con usted, que usted no sabe de qué va este cuento chino, pero como ya hemos metido la pata, tenemos que arreglar las cosas a nuestra manera.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir —tomó de nuevo la palabra el que estaba junto a ella— que puesto que es impensable que usted mantuviera en secreto esta metedura de pata nuestra, o sea, que se lo diría a la Policía, o a alguien así, y que fuese como fuese nos buscaría complicaciones, no podemos dejarla volver al hotel. ¿Comprende?

—Es decir, que pretenden matarme.

—No es por nada personal, ¿comprende? Mire, nena, así son las cosas, así es la vida, uno se encuentra de pronto metido en un lío, y tiene que resolverlo.

—Ya. ¿Ustedes son amigos del señor Tichenko?

—¿De ese estúpido ruso? Claro que no.

—Entonces… ¿de quién son amigos? ¿De ese otro llamado Reynolds? De acuerdo, pero… ¿quién es Reynolds, a qué viene todo esto?

—¿Por qué no te la tiras aquí mismo, dentro del coche? —Propuso el conductor del coche a su compañero—. ¡Será el único modo de que no haga preguntas!

—Buena idea —sonrió el de la navaja—… Venga, tú, quítate las bragas, súbete la falda, y tiéndete en el asiento. Ya ves, vamos a ser cariñosos contigo, ¿qué te parece?

La espía más peligrosa del mundo miraba inexpresivamente de

uno a otro hombre. De repente, sin alterarse en absoluto, con la misma naturalidad que si hiciera un simple gesto para llevarse un cigarrillo a la boca propinó al de la navaja un escalofriante golpe en la sien derecha con los nudillos de la mano izquierda, con un movimiento de velocísimo vaivén; el sujeto emitió un fuerte respingo, desorbitó los ojos, y cayó muerto en el extremo opuesto del asiento.

El otro no tuvo tiempo de enterarse de nada. Cuando consiguió asimilar lo que estaba ocurriendo, la señorita Montfort le había sujetado por los cabellos, sujetando su cabeza hacia atrás, y la punta de la navaja de su compañero se hundía unos milímetros en un lado de su garganta.

—¿Te gustaría que te degollase ahora mismo? —preguntó Brigitte con tono irónico, remedando la amenaza recibida poco antes por teléfono en el bar del hotel—. ¿Verdad que no, pimpollo simpático? Contesta, valiente. ¿Te gustaría?

—No —jadeó el hombre—…, no me gustaría…

—Muy bien. En ese caso, sigue conduciendo tranquilamente…, pero no hacia donde queríais llevarme para dejar tirado mi cadáver, sino hacia donde yo te diré, ¿de acuerdo, violador de ninfas?

—Sí…, de acuerdo.

—Pues da la vuelta en cuanto sea posible. Iremos a un lugar donde te presentaré a unos simpáticos amigos míos.

Capítulo III

Quizá sí que eran simpáticos, pero al sujeto no se lo parecían en absoluto. Había cinco hombres allí, en el chalé junto a la playa adonde había conducido el coche siempre siguiendo las instrucciones de la señorita Montfort; cinco hombres que miraban con más que torva expresión al desafortunado Ernest Rockdale, como se llamaba el superviviente del coche oscuro; el otro, cuyo cadáver permanecía desdeñosamente olvidado en el coche, se había llamado Tommy Nellman.

—O sea —resumió la señorita Montfort—, que nosotros debemos creernos ese cuento… chino de que no sabes realmente para quién estás trabajando.

—No, no lo sé —insistió de nuevo Rockdale.

Estaba sorprendidísimo, y sobre todo muy mosqueado por el hecho de que, hasta el momento, nadie le había maltratado en absoluto. Era fácil comprender que los cinco sujetos jóvenes y atléticos que le contemplaban no tendrían problema ni inconveniente alguno en hacerlo pedazos, sobre todo desde que la señorita Montfort les había explicado que querían violarla y asesinarla, pero por el momento Rockdale ni siquiera había recibido un simple empujón.

Guante blanco. Elegancia de estilo.

Altos vuelos. Y él no estaba acostumbrado a estas cosas.

—Seguramente, está mintiendo —dijo uno de los atletas amigos de la señorita Montfort.

—No —rechazó ésta—, no está mintiendo. No es más que un asesino de baja estofa, un canallita del montón, encargado de vigilar a Reynolds por si éste tenía algún tropiezo ahorrarle molestias. La orden de estos dos mata niños es vigilar que todo se lleve a término sin problemas. Así que vigilan al sujeto que saben se ha de entrevistar con Reynolds, y vigilan a éste mismo, digamos que

le… protegen, forman como una especie de cordón da seguridad alrededor de él. Tal como Rockdale mismo ha dicho, si en lugar de haber sido yo quien habló con Tichenko, hubiera sido un hombre, ya lo habrían asesinado. Pero al ver una chica tan linda pensaron que antes podrían divertirse un poco. ¿Correcto, amigo Rockdale?

—Sí… Sí.

—Pero bien tienen que saber quién les da las órdenes —insistió Simón—, aunque sea por teléfono.

—El truco es muy viejo y gastado —suspiró Brigitte—, pero sigue siendo eficaz: ellos llaman a un número, reciben instrucciones y luego vuelven a llamar informando si todo ha ido normal o si Reynolds ha tenido algún tropiezo.

—O sea, que la persona que los contrató a los dos por teléfono comprenderá que algo está ocurriendo cuando esta vez no reciba la llamada de los dos matones.

—¿Por qué no ha de recibirla? —se sorprendió Brigitte.

—Pues porque nosotros no vamos a permitirle que llame a… ¡Vaya, soy un bobo! ¿Sí vamos a permitírselo?

—Claro que sí —sonrió gélidamente la espía—: nuestro amigo Ernest va a llamar a ese número ahora mismo, dirá que se ha producido el encuentro entre Andrei Tichenko y Andy Reynolds, y que todo ha ido como la seda.

¿Verdad que serás tan amable de hacer esa llamada, querido Ernest?

—¿Y qué ganaré con ello? —se apresuró a buscar lógicamente un beneficio el asesino profesional.

—Pues por ejemplo —intervino Simón, sonriendo talmente como una hiena malvada—, ganarás tus cojones, porque si no haces la llamada te los voy a arrancar yo mismo con unas tenazas. ¿Qué te parece?

Rockdale miró con expresión crispada a la señorita Montfort, tal vez esperando ver en la expresión de ella algún gesto que sugiriera la posibilidad de que todo fuese una amenaza vana; pero se llevó un chasco y un susto, porque la señorita Montfort le sonrió «encantadoramente», y dijo:

—Si quieres un buen consejo, querido Ernest, haz esa llamada. Pero espera, que procederemos a grabar la conversación y todo eso. Y ante todo apúntanos el número al que vas a llamar… Y hablando

de números de teléfono —se dirigió a los agentes da la CIA la divina espía—, supongo que tenemos a nuestro ex Simón totalmente bajo control, y que filmaremos o cuando menos grabaremos el sonido del número al que llame sea cuando sea.

—Esté tranquila, que eso está en buenas manos.

Diez minutos más tarde todo estaba preparado para que Rockdale efectuase la llamada. El número correspondía a la localidad de Greenwood en el estado de Georgia, y por supuesto se informó sobre el mismo a la Central de la CIA en Langley, pero con la expresa orden de Baby de que nadie de la CIA se acercase por aquel domicilio, pues no se trataba de conseguir más prisioneros seguramente de poca monta, sino de permitir que las gestiones de Andy Reynolds continuaran con normalidad, para no espantar la caza mayor. Más adelante, si convenía, unos cuantos muchachos del Grupo de Acción visitarían la localidad de Greenwood y se interesarían por los ocupantes del domicilio donde estaba instalado aquel teléfono…

—Tal vez sea el mismo al que suele llamar Reynolds —sugirió un de los Simones.

—No lo creo —rechazó Brigitte—, pero ya lo sabremos. Bien, Ernest, puedes llamar.

Ernest Rockdale llamó, y obtuvo respuesta inmediatamente. La conversación no habría ocupado ni seis líneas, pues Rockdale se limitó a decir que Reynolds había contactado bien, que no había novedad, y el hombre que lo atendió tampoco fue muy hablador: le dijo que esperasen en el hotel de Miami donde habían sido instalados tres días antes, y eso fue todo. Rockdale colgó el auricular, y miró expectante a Brigitte, ya sin la menor duda de que era ella quien mandaba no sólo allí, sino, evidentemente, incluso en la Central de la mismísima CIA.

—Yo he cumplido —murmuró.

—Y yo también voy a cumplir —aseguró Simón—: no te arrancaré los cojones. Pero la verdad, si no es para divertirnos contigo no sé para qué demonios te queremos. ¿Qué hacemos con él, Baby?

—Mátenlo —dijo la espía—: es sólo un asesino.

—No, un momento —jadeó Rockdale—, yo he cumplido, ¡he cumplido! Ustedes no pueden…

Plof, chascó la pistola silenciosa de Simón, enviando una bala al podrido y criminal corazón de Ernest Rockdale. Luego, el espía miró a dos de sus compañeros, y dijo:

—Sacad esta basura de aquí, y deshaceros de ella. Llevaros el coche con el otro muerto.

Los dos Simones asintieron, cargaron con el cadáver de Rockdale y abandonaron el chalé. Brigitte miró su relojito de pulsera, frunció el ceño, y dijo:

—Me pregunto si nuestro enigmático ex compañero va a llamar o no va a llamar esta misma noche. En fin, esperaremos tomando café… ¿O no tenemos café?

—Tenemos café —dijo Simón—… Se me está ocurriendo que deberíamos enviar un par de muchachos a vigilar la habitación del hotel en el que se habían instalado Rockdale y Nellman, por si alguien les visitase echarle mano.

—De acuerdo —aceptó Brigitte tras reflexionar sobre ello—, pero nada de entrar en esa habitación: sólo vigilar. Oh, zambombas, ya no puedo esperar más: llamen a nuestros compañeros que vigilan a Tichenko por un lado y a Reynolds por otro, a ver qué están haciendo esa pareja.

La vigilancia era estrecha y constante, de modo que en cuestión de segundos la agente Baby supo qué estaban haciendo el diplomático ruso y el ex espía norteamericano: el primero, simplemente, se había retirado a descansar a su habitación, y el segundo estaba tomando una copa en una discoteca llamada Camaleón, en Bayshore Drive.

—Tiene buenos nervios, ¿eh? —sonrió de medio lado Simón.

—Como todos nosotros —murmuró Brigitte Montfort—… Que no lo pierdan de vista ni un segundo. Y cuando digo «ni un segundo» quiero decir «ni un segundo».

—Nos va a detectar —advirtió Simón.

—No seamos ingenuos —replicó suavemente la señorita Montfort—: ese guapo muchacho ya sabe sobradamente que la CIA le está vigilando, Simón. Y puesto que lo sabe y sigue jugando, juguemos nosotros también.

—Si ya sabe que le estamos vigilando no llamará.

—Sí llamará —aseguró la espía—… Ya lo creo que llamará.

Y en efecto, Andy Reynolds llamó por teléfono aquella misma

noche, al salir de la discoteca Camaleón, desde una cabina pública. El girar del disco fue grabado utilizando el micrófono ultrasensible, y también fue grabada la conversación, es decir, solamente la parte correspondiente a la voz de Reynolds, pues la sensibilidad del receptor no era tanta que pudiera incluso grabar la voz del comunicante del espía.

El número de teléfono fue analizado y localizado sin la menor duda: correspondía a la casa número 1216 de Pacific Avenue, en la localidad californiana de San Luis Obispo, y estaba a nombre de la señora Margaret Reynolds. Lo cual encajaba perfectamente con la conversación, que Brigitte no sólo escuchó muchas veces, sino que además la hizo escribir, a fin de analizarla también viendo las palabras, no sólo escuchándolas.

Una vez escrita, la conversación de Andy Reynolds con su comunicante quedó así:

—«Abuela, soy yo, el pequeño Andy… ¿Cómo estás?

—…

—Ya lo suponía, vieja juerguista —rió Andy Reynolds—… ¡Vas a vivir más años que el tiempo!

—…

—Oh, yo estoy bien, claro que sí, como siempre, con mis viajes… ¿Seguro que tú estás bien, no hay ninguna novedad?

—…

—Estupendo. ¿Qué? No te oigo muy bien…

—…

—Ah, sí, ahora sí. Desde Miami. Estoy en un hotel estupendo, el Ocean, frente a la playa. De primera, abuela.

—…

—Claro que no me aburre tanto viajar. Ya sabes que siempre fue lo que más me gustó. Así que imagínate lo bien que lo estoy pasando, y además pagando otros.

—…

—Ya te lo explicaré cuando te visite… Es una empresa un poco especial. ¿Qué?

—…

—Ah, pues no sé… Quizá dentro de un par de meses consiga un par de semanas, y entonces seguro que voy a reunirme contigo… Vaya, no te me pongas llorona, abuela, que me partes el corazón, ya

sabes que quisiera estar contigo todo el tiempo, pero necesito ganar dinero… Un poco de paciencia, mujer…

—…

—Que sí, te lo prometo, intentaré pasar dos semanas contigo este verano… Abuela, no te oigo bien, voy a colgar. Te llamaré dentro de unos días desde otro sitio… No, todavía no sé adónde iré esta vez… Bien, te envío muchos besos. Adiós, abuela.

—…

—Adiós, adiós… Muchos abrazos». Esto era todo.

—No tiene sentido —masculló Simón-Miami, que también leía y escuchaba una y otra vez la grabación—… Y si lo tiene es que se ha dado cuenta de que lo vigilemos y ahora no llama a donde llamaba al principio, sino que realmente llama a su abuela. Maldito sea, ¡a su abuela! ¡Es el primer espía que llama periódicamente a su abuela!

—Evidentemente —sonrió Brigitte— es un nieto muy cariñoso.

—Pero qué cariñoso ni qué flautas… ¡Nos está tomando el pelo! Y nosotros estamos perdiendo el tiempo: deberíamos ir a por él, agarrarlo por el pescuezo y obligarle a decirnos qué maldita cosa está haciendo, qué significa eso de Directorio Especial y qué empresa es la Starfire y a qué se dedica. ¡Eso deberíamos hacer!

—Pues a mí, lo que más me viene de gusto hacer es conocer a la abuela de Reynolds —dijo Brigitte.

—¡La abuela! —Bufó Simón—. ¡Quizá ni siquiera existe!

—Me inclino a creer que sí —rió la divina—…, pero no estará de más asegurarme. ¿Querrá creer, Simón, que es la primera vez que me divierte un asunto de espionaje?

—No hay nada divertido en el espionaje —replicó Simón-Miami.

—No, no lo hay —parpadeó lentamente la agente Baby—… Y esto es lo chocante. Bien, voy al hotel a descansar unas horas, y por la mañana temprano me despediré dejándole una simpática nota a Tichenko… Mientras tanto, consíganme el pasaje en avión de modo que mañana por la tarde yo pueda estar en San Luis Obispo, California.

* * *

Exactamente a las siete y treinta y cinco minutos de la tarde

siguiente la señorita Montfort llegaba en un automóvil discretísimo a la Pacific Avenue de San Luis Obispo, y se detenía a muy poca distancia de la casa señalada con el número 1216. Una espléndida tarde soleada. En la avenida había altísimos eucaliptos y algunos robles. No era una zona de lujo pero sí residencial, para personas acomodadas. Todas las casas eran independientes, todas tenían garaje y un jardincito más o menos amplio y más o menos encantador alrededor, la mayoría tapizado con verde césped bien cuidado y salpicado con arbustos de flores. Era un lugar casi idílico. Por ventanilla abierta llegaba a los finos oídos de Brigitte el piar de docenas de pajarillos.

Realmente insólito.

Brigitte se puso una peluca rubia y unas lentillas de contacto de color verde.

Pasaron dos jovencitos en bicicleta, haciendo verdaderas filigranas. En una de las casas había un hombre de mediana edad contemplando cómo el surtidor giratorio regaba el césped de su jardín.

La espía movió la cabeza con un gesto de simpática perplejidad, abrió el maletín rojo con florecillas azules estampadas, recurrió a la pequeña radio y apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —Sonó enseguida la voz masculina.

—Localizada la avenida y la casa gracias a sus indicaciones que empezaron en el aeropuerto de Los Ángeles. ¿Están ustedes por aquí cerca?

—Desde luego. La hemos ido precediendo y siguiendo, con dos coches. Usted tiene que estar agotada del viaje, Baby, porque conducir después de…

—Descansé en el hotel de Miami y he descansado durante el viaje en avión hasta Los Ángeles. Conducir me ha servido para relajarme. De modo que me encuentro perfectamente. Estén atentos a mi posible llamada por radio, y si en definitiva no recibieran noticias mías antes de medianoche visiten también a la abuela de Reynolds…, pero con mucho cuidado. ¿Me han comprendido?

—Desde luego.

—Pues eso es todo por ahora.

Cerró la radio, la guardó de nuevo en el maletín, cogió éste, y se apeó. Cerró el coche, y se dirigió directamente a la casa señalada

con el número 1216.

Le abrió la puerta una dama sencillamente encantadora, de unos setenta años, pero llevados con una insólita energía y una todavía más sorprendente alegría de vivir en sus grandes ojos oscuros. A primera vista le pareció a Brigitte uno de los personajes más fascinantes que había conocido y, ciertamente, sólo podía ser la abuela de Andrew Reynolds, pues se le parecía extraordinariamente. Vestía ropas que a una mujer corriente de su edad la habrían colocado en el ridículo, por excesivamente alegres e incluso deportivas, pero, realmente, a ella le sentaban graciosamente bien.

—¿Sí? —sonrió a Brigitte.

—Estoy buscando al señor y la señora Tate —sonrió a su vez la espía—... ¿Sería tan amable de avisarlos, por favor?

—Lo haría con gusto —asintió la anciana— si supiera quiénes son el señor y la señora Tate y dónde podría encontrarlos.

—Oh, no —alzó Brigitte los ojos al cielo como en demanda de clemencia—... ¡No me diga que no viven aquí!

—Lo lamento de veras —rió la anciana—, pero no viven aquí. Es más, no vive nadie llamado Tate en toda la urbanización, puede estar segura.

—No puede ser —se inquietó hipócritamente Brigitte—... ¡Me dieron esta dirección! La recuerdo perfectamente: 1216 Pacific Avenue.

—Sí, está usted en Pacific Avenue y en el 1216, pero nadie llamado Tate vive aquí, ni en las proximidades.

—Cielos... ¿Y qué hago yo ahora? —Se llevó Brigitte una mano a la cabeza.

—Tómeselo con calma, siempre es lo mejor —aseguró la anciana, muy sonriente—... O le dieron mal la dirección, o usted no la entendió bien. ¿Le gustaría tomar una taza de café?

—Pues... ¿Me permitiría utilizar su teléfono, señora?

—Pase. Me gusta tener personas con las que charlar. Supongo que ya ha cenado usted.

—La verdad es que no. He llegado a California esta misma tarde, y pensaba cenar en casa de los señores Tate, naturalmente. Me dijeron que aceptarían un huésped durante unos cuantos días, mientras tomo notas en la biblioteca para mi libro... Pero... ¿qué le

estoy explicando a usted? Naturalmente, no sabe de qué le hablo.

—Me temo que no —rió la anciana, cerrando la puerta de la casa—. Soy Maggie Reynolds.

—Yo soy Lili Connors, periodista… Es usted muy amable, señora Reynolds. Y por supuesto pagaré la llamada telefónica… Sí, sí, de ninguna manera aceptaré llamar, de otro modo. Haré la llamada a cobro revertido.

—Como quiera. Ahí tiene el teléfono —señaló—… Iré a por el café.

Habían llegado a la salita, y tras señalar el teléfono instalado sobre una mesita Margaret Reynolds se dirigió hacia la cocina, dejando sola a su visitante, que dirigió una veloz mirada en torno. No cabía dudar que la anciana vivía bien, no espléndidamente, pero sí bien, y además con gusto. Había bonitos cuadros, macetas con flores, una amplia librería, alegres cortinas en las ventanas… El mobiliario era de calidad y alegre. En una repisa había varias fotografías en marcos de pie, y Brigitte se acercó a echarles un rápido vistazo, localizando inmediatamente en dos de ellas a Andy Reynolds.

Se acercó al teléfono, y, simplemente, llamó a su apartamento de Nueva York, donde casi medio minuto más tarde contestó Peggy, su ama de llaves, adormilada. Lógico, pues en Nueva York eran alrededor de las doce de la noche.

En honor a Margaret Reynolds, que por supuesto debía de estar oyéndola desde le cocina, Brigitte realizó toda una comedia dialogada en la que al final resultó que ella no debía haber ido al 1216 de Pacific Avenue, sino al mismo número de Atlantic Avenue. Cuando colgó, al parecer enfadada consigo misma, la anciana ya estaba allí con el café.

—¡Qué cosa tan absurda! —Exclamó la espía—. ¡Nunca me había ocurrido nada parecido!

—Bueno, tampoco es tan extraño confundir Pacific con Atlantic… A fin de cuentas, los dos son mares. Son cosas que pasan. Ahora bien, tampoco sé de ninguna avenida llamada Atlantic, lo que me hace temer que está usted totalmente desorientada.

—¡Pero bien habrá una avenida llamada Atlantic en San Luis Obispo!

—Seguramente, pero lejos de esta zona.

—¡Pues sí que la he hecho buena! Tengo mis cosas en el coche, estoy cansada, y además enfadada conmigo.

—Tranquilícese, jovencita. Nada se consigue perdiendo la paciencia.

—Sí, ya sé, pero… En fin, tiene usted razón, más vale aceptar las cosas como son. Y este café huele muy bien. Siento molestarla tanto.

—No es molestia, ya le digo que me gusta charlar. Se me está ocurriendo que en lugar de tomar café debería cenar algo… Suelo tener la despensa bien provista ya que sólo voy al supermercado cada quince días.

—Parece que está bien organizada —sonrió Brigitte, ya sentada ante el café—. Siempre es agradable encontrar una familia bien dirigida.

—Oh, vivo sola, así que es bien fácil organizarse. ¿Entiendo que es usted escritora?

La conversación se encauzó sobre estos términos: Brigitte, es decir, Lili Connors, era periodista, y estaba en San Luis Obispo para obtener datos en la biblioteca sobre cierta faceta histórica de California, lo cual interesó mucho a la simpática y cordial Margaret Reynolds, a la que, por supuesto, la espía internacional estaba sometiendo a un escrutinio a fondo e implacable.

¿Era todo tal como se veía?

¿Una acogedora casa con una acogedora anciana que vivía sola, feliz y tranquila, dedicada a su jardín, las cosas de casa, la televisión y la redacción de versos…?

—¿Versos? —Mostró su sorpresa la visitante—. ¿De verdad escribe usted versos? ¡Yo también escribo versos!

—Pero seguro que son mejores que los míos —rió Maggie Reynolds—. En realidad soy una pobre y solitaria vieja que procura ocupar su tiempo del modo más agradable posible.

—¿No tiene usted familia en ningún sitio?

—Ah, sí, tengo un nieto, un muchacho estupendo, pero no vive conmigo. Se dedica a representar elementos de electrónica por todo el país y en el extranjero, así que lo veo de tarde en tarde, aunque me llama cada semana, habitualmente. Precisamente ayer me llamó desde Miami.

—Caramba, Miami —sonrió Brigitte.

—Sí, va a sitios muy agradables. En realidad, los Reynolds siempre hemos sido personas con mucha suerte. Imagínese, a Andy lo que más le gustó siempre es viajar, y ha encontrado un empleo que le obliga a ello y además representando elementos de electrónica, que también le gustó siempre mucho. Le voy a enseñar una fotografía de él.

La anciana mostró a Brigitte todas las fotografías que había en la repisa. Además de Andy, estaban los padres de éste, una pareja hermosa, espléndida y radiante que parecía contemplar la vida como si ésta fuese una auténtica maravilla.

—Murieron cuando Andy tenía doce años —murmuró Margaret —… Bueno, son cosas que pasan. Ella era mi hija, y él un hombre encantador… Andy se le parece mucho en todo, quiero decir en el carácter, porque en lo físico se parece más a nosotras, es muy guapo, ¿verdad? Pero sobre todo es un hombre de los pies a la cabeza, un hombre bueno, quiero decir, una persona de calidad, como lo fue su padre. ¿Sabe usted qué decía siempre Andy cuando era un niño y le preguntaban qué le gustaría ser de mayor?

—¿Qué decía?

—Una persona. Decía que le gustaría ser una persona… No sé si me comprende usted.

—Creo que sí. Y debo admitir que su nieto es o era muy ambicioso: no todos consiguen ser persona, la mayoría son gente.

—Ya veo que sí me entiende. Escuche, debería cenar algo, así que voy a prepararle aunque sea unos bocadillos. Aunque si tiene prisa…

—Ya no importa. Esta noche no encontraría a los Tate, de modo que dormiré en cualquier hotel que…

—Nada de eso, nada de eso —protestó Margaret—… Usted se va a quedar aquí esta noche, y mañana ya veremos cómo encontramos a los Tate. Y no me venga con pamplinas, no es ninguna molestia para mí.

—Pues… Oh, bien, de acuerdo. Se lo agradezco mucho, porque me evita complicaciones. De veras, es usted muy amable, señora… Iré al coche a buscar mi maleta.

—Y yo iré a la cocina a prepararle algo.

Un minuto más tarde la señorita Montfort se hallaba sentada ante el volante del coche, profundamente pensativa. Por fin,

recurrió a la radio de bolsillo, obteniendo respuesta inmediata.

—¿Sí?

—Soy yo —murmuró—. Voy a pasar la noche en casa de Maggie Reynolds, así que todos tranquilos. Olvídense de mí hasta nueva orden salvo que sea para informarme de nuevas actividades por parte de Andy Reynolds. ¿Está entendido?

—Por supuesto. ¿Ha encontrado algo sospechoso?

—¿Sospechoso?

—Quiero decir que bien debe de haber algún… truco en esa casa o en esa anciana, ¿no?

—Si lo hay, yo no lo he localizado… todavía.

—Tenga mucho cuidado.

—Buenas noches, Simón.

Cerró la radio, la guardó de nuevo en el maletín, y retiró la única maleta del portaequipajes de atrás. Cargada con ambas, regresó a la casa de la abuela de Andy Reynolds, el espía que había dejado la CIA para trabajar en la empresa Starfire a las órdenes del Directorio Especial.

Capítulo IV

Despertó muy temprano, con el canto de los pájaros. Desde la ventana del acogedor dormitorio que Maggie Reynolds le había asignado, la espía estuvo contemplando el pequeño jardín, en cuyo gran pino de denso ramaje se movían ágilmente los pajarillos.

La Pacific Avenue no podía estar más tranquila y silenciosa a la siete de la mañana…

No tardó ni siquiera cinco minutos en oír a la anciana por la casa, a pesar del evidente cuidado que ella puso en no hacer ruido. Al poco, Margaret Reynolds salió al jardín, donde se dedicó a limpiar los rosales. La mañana era soleada y limpia, parecía un mundo aparte.

—«Esto no tiene sentido», pensó la espía.

Aprovechando la permanencia de Margaret en el jardín, ella recorrió la casa, efectuando un examen rápido pero experto, convencida de que si había allí algo… especial, algo fuera de lo normal, ella lo detectaría. No detectó nada, todo era… o parecía normal.

O sea: ¿de verdad realmente Andy Reynolds llamaba a su abuela sólo para saludarla y enviarle besos de cuando en cuando…, aunque siempre coincidiese la llamada con la última entrevista de Andy en busca de personajes importantes para la Starfire?

Sonó el teléfono, sobresaltando a Brigitte, que se hallaba en aquel momento examinando el mueble-librería del salón, por si encontraba en él algo que pudiera parecer fuera de lo normal. Se quedó mirando el aparato como si éste fuese un ser viviente y erótico que estuviese haciendo algo no previsto en parte y en modo alguno.

¡Triiiiliiiiiiiinnnnnggg…!, volvió a sonar el aparato.

Tras el instante de sorpresa, Brigitte reaccionó, y se lanzó velozmente escaleras arriba, hacia el piso donde estaban los

dormitorios. Se detuvo en cuanto comprendió que no podía ser vista desde abajo. El teléfono seguía sonando, y si Maggie Reynolds no era sorda no podía dejar de oírlo, pues tenía un timbrazo realmente fuerte, incluso estridente. Claro, la anciana debía de pasarse la mayor parte del tiempo en el jardín, de modo que por eso tenía un timbre especial en el teléfono…

La oyó entrar en el salón, entre los dos últimos timbrazos distinguió perfectamente sus pasos apresurados…

—¿Sí? —Oyó su voz, un tanto alterada por la carrera desde el jardín.

—…

—¡Andy! ¡Dios mío, qué susto me has dado…! Este escandaloso timbre del teléfono… ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—…

—¡Ah! ¿De verdad? ¡Estupendo! ¡Me das una alegría, naturalmente! Pero… ¿estás bien, no te ha ocurrido nada malo?

—…

—Bueno, bueno, de acuerdo, todo entendido… ¿Qué? ¡Claro que no me has despertado, ya estaba en el jardín! ¿Qué hora es ahí?

—…

—Cielos, qué cosa más tonta esto de los cambios de horario… ¿A qué hora llegarás? ¡Pero dime la hora de aquí, no la de Miami o la de Mozambique!

—…

—Bien. Sí, sí, todo entendido. Adiós, cariño, adiós…

Clic, se oyó el chasquido del auricular al ser colgado. Brigitte regresó silenciosamente a su habitación, y se sentó en el borde de la cama. Por supuesto que había entendido perfectamente el significado de la conversación: Andy Reynolds iba a llegar aquel mismo día a visitar a su abuela. Y esto, después de haberle dicho tan sólo un par de días antes que quizá podría arreglárselas para pasar quince días con ella dentro de dos meses.

Es decir, que Andy Reynolds había cambiado completamente sus planes.

¿Por qué? ¿Qué había ocurrido en Miami…, o en cualquier otro lugar que impulsara a Andy Reynolds a realizar ese cambio?

Brigitte recurrió a la pequeña radio de bolsillo para ponerse en contacto con los Simones que la respaldaban en la zona de San Luis

Obispo.

—¿Si? —Atendieron en el acto su llamada.

—Andy Reynolds va a venir a San Luís Obispo hoy mismo. Acaba de llamar a su abuela notificándoselo…, y supongo que ha llamado desde Miami. Llamen allá utilizando nuestros canales de urgencia y pregunten qué ha ocurrido, qué cambios se han producido en la situación… Que les digan todo lo que sepan. Yo volveré a llamarle a usted dentro de media hora para recoger toda la información.

—Conforme. Esto…, sólo por curiosidad, Baby: ¿qué está usted haciendo en esa casa?

—Me dispongo a escribir un libro —rió la espía.

Media hora más tarde se había duchado, vestido, fumado un cigarrillo, y disfrazado adecuadamente por el simple procedimiento de ponerse la peluca rubia y las lentillas de contacto de color verde. Eran las ocho y diez minutos de la mañana. Ya no se oían tantos pajarillos, pero el día era cada vez más espléndido. Llamó por la radio.

—¿Sí? —inquirió Simón.

—¿Cómo están las cosas?

—En estos momentos, Andy Reynolds debe de haber llegado ya al Miami International Airport, hacia el cual partió poco después de que usted me llamara. Le están siguiendo, aunque al parecer no es necesario, puesto que usted sabe que viene hacia aquí.

—De acuerdo en eso. Pero… ¿no ha ocurrido nada en Miami?

—Que nosotros y nuestros compañeros de allá sepamos, no. Pero sí ha ocurrido en Greenwood, Georgia.

—Ajá… O sea, donde está el teléfono al cual llamaban Nellman y Rockdale para recibir instrucciones.

—Sí. Bueno, nuestros compañeros localizaron el domicilio donde está ese teléfono. Es un apartamento vulgar y corriente, de alquiler por meses, amueblado…, todo eso. Está en el 566 de Springfield Street. No hay nadie ahí ahora.

—Pero había alguien, ¿no?

—Claro. Dos sujetos, llamados Arnold Sacker y Edgar Nolan. De la noche a la mañana han desaparecido.

—¿Han desaparecido? Explíqueme bien eso.

—Nuestros compañeros llegaron allá dispuestos a realizar muy

discretamente una labor de vigilancia y control, tal como usted ordenó. Uno de ellos, simplemente para reconocer el terreno, entró en el edificio y subió hasta el piso donde se halla ese apartamento de Nolan y Sacker. Encontró la puerta abierta de par en par, y pudo comprobar enseguida que en el apartamento no había nadie ni nada, quiero decir ropas, libros, paraguas…, cosas de esas personales. Simplemente, esos dos sujetos se largaron en plena noche, y nadie tiene la menor idea de dónde pueden estar. Nuestros compañeros han sabido sus nombres por un par de vecinos que les indicaron dónde podían encontrar al propietario del apartamento… Quiero decir que los vecinos indicaron dónde podían encontrar al propietario del apartamento que le habían alquilado a Sacker y Nolan.

—Sí, sí, entiendo. ¿Cuánto tiempo llevaban Sacker y Nolan ocupando ese apartamento?

—Algo más de dos meses. Ningún escándalo, ningún problema, pagaban puntualmente… Lo único que se decía de ellos es que al parecer son homosexuales.

—Ya. Una parejita, ¿eh?

—La gente es muy chismosa. Nosotros sabemos que si vivían juntos no era por amor, sino por trabajo. Es claro que forman una pareja de… contactos, o de exterminadores, según convenga. Y por supuesto, como Rockdale y Nellman, al servicio de la Starfire y de ese Directorio Especial… Se nos ha ocurrido que pudieron llamar los de Greenwood a los de Miami, y al no contestar éstos se mosquearon aquéllos, que se apresuraron a salir hacia Miami a ver qué ocurría. Esto quiere decir que quizá Nolan y Sacker están a punto de llegar a Miami para buscar a sus colegas Rockdale y Nellman y ver qué ocurre.

—Podría ser eso —admitió Brigitte—… Pase la orden de que vigilen el hotel donde estuvieron alojados Rockdale y Nellman, y si llegan los de Greenwood, es decir Sacker y Nolan, que los mantengan bajo control…, pero sin acercarse a ellos a menos que un claro razonamiento de una inesperada situación así lo exija. ¿Está entendido?

—Desde luego. ¿Y respecto a Andy Reynolds?

—Ése viene hacia aquí… Yo me ocuparé de él.

—¿Quiere decir que va a permanecer en casa de la abuelita?

—Espero que sí, ya me las arreglaré. Es chocante esto, ¿verdad?

—¿A qué se refiere exactamente?

—A la marcha de Sacker y Nolan de ese apartamento de Greenwood en el que llevaban viviendo dos meses largos. Podría ser casualidad, pero… hace tiempo que dejé de creer en las casualidades, de modo que yo relaciono unas cosas con otras, con un mínimo de lógica.

—Ya le he dicho que también nosotros creemos que Sacker y Nolan han marchado de Greenwood para ir a Miami en busca de Rockdale y Nellman, que no contestaban a sus llamadas, y que…

—No. No, no, no, Simón… Nada de eso. Estamos tratando con profesionales. No son precisamente maravillosos, creo que son gente de poca categoría comparada con nosotros, pero son profesionales, de eso no tenemos la menor duda. Póngase usted en lugar de ellos: llama al hotel de Miami donde tiene a dos compañeros y éstos no contestan, pese a que usted les había dicho que no se movieran de allí esperando las siguientes instrucciones… ¿Qué pensaría usted?

—Que les había ocurrido algo inquietante.

—¿Acudiría usted personalmente a ese hotel de Miami?

—Jamás en la vida… ¡Ni estando loco, vamos! Oiga, tiene usted razón… Maldita sea mi estampa, o sea, que hemos perdido la pista de los dos tipos de Greenwood, Sacker y Nolan.

—Yo no diría tanto. Vamos a ver… Rockdale y Nellman eran los que tenían que vigilar y custodiar a Andy Reynolds y sus contactos… ¿Cierto?

—Cierto.

—Luego debían informar a Sacker y Nolan, que esperaban en ese apartamento de Greenwood, Georgia. La otra noche, Rockdale llamó, y les dijo a los de Greenwood, que Andy Reynolds había hecho contacto con el ruso Andrei Tichenko y que todo iba bien. Perfecto. Pero, por lo que fuese, quizá para darles nuevas instrucciones a Rockdale y Nellman, los dos de Greenwood los llamaron al hotel de Miami donde debían estar esperando, Es claro que no pudieron comunicar con Rockdale y Nellman. Entonces, hacen su equipaje rápidamente y abandonan el apartamento en el cual llevaban más de dos meses… ¿Realmente podemos creer que van a acudir cándidamente a Miami…, donde sus dos amigotes han… desaparecido?

—Claro que no —gruñó Simón—… ¡Maldita sea, cualquiera los encuentra ahora!

—Quizá no sea tan difícil. Está claro que Sacker y Nolan han comprendido que algo del asunto se ha estropeado, y que, evidentemente, Andy Reynolds está muy comprometido…, seguramente más de lo que conviene a los intereses y la tranquilidad de la empresa Starfire. ¿Qué pueden estar tramando ahora Sacker y Nolan?

—Por todos los demonios —jadeó el espía—… ¡¿Cargarse a Andy Reynolds?!

—No es nada descabellado, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—Supongo que ya no tenemos tiempo de colocar a ninguno de nuestros compañeros en el avión que ha tomado Andy Reynolds en Miami para viajar a Los Ángeles, pero quiero que lo estén esperando en este aeropuerto, y que lo vigilen… y lo protejan estrechamente desde el mismo instante en que ponga pie a tierra…

—¿Y si se lo cargan en el avión?

—No harán eso. Demasiado comprometido. Esperarán a llegar a Los Ángeles para intentar matar a Andy Reynolds…, suponiendo, claro está, que viajen en el mismo avión que él, lo que me parecería casi fantástico. Pero lo seguro es que lo buscarán, así que pase la orden de protección para Andy Reynolds. Mientras tanto, quiero que obtengan las huellas digitales de Sacker y Nolan en su apartamento de Greenwood, y que vayan allá dos de nuestros dibujantes para conseguir de ellos unas fotos-robot, que deberán enviarnos aquí inmediatamente. Por supuesto, ni el hotel de Rockdale y Nellman, ni el apartamento de Greenwood, Georgia, ni el Ocean Hotel y nuestro simpático Andrei Tichenko deben ser perdidos de vista. ¿Tiene alguna duda?

—Ninguna. Oiga, usted sí que piensa, ¿eh? ¡Y muy deprisa!

—Es una cuestión de práctica —murmuró Brigitte—. Llámeme sólo si hay algo realmente urgente. Adiós.

Cortó la comunicación.

Poco después, aparecía en el salón, donde Margaret Reynolds la miró con expresión radiante.

—Buenos días —le sonrió Brigitte—… ¡No sabe cómo la envidio, Maggie!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por vivir en un lugar como éste, tan tranquilo, tan hermoso… He dormido como hacía años que no dormía, y sólo los pájaros consiguieron medio despertarme al amanecer. ¡Me quedaría a vivir aquí para siempre!

—Terminaría por aburrirse, le parecería demasiada tranquilidad, a la larga.

—Quizá tenga razón. Me pareció oír… como un timbre muy fuerte, como una señal de alarma…

—No, no —rió la anciana—. Era el teléfono. Es que cuando salgo al jardín o bajo a la bodega conecto el timbre especial. ¿Qué le gustaría desayunar?

—Bueno, en realidad venía a despedirme… De buena gana me quedaría aquí estos días mientras tomo notas para escribir ese libro, pero quizás usted no desee alquilarme una habitación.

—Normalmente le diría que se quedase unos días, sin interés alguno, pues es usted muy simpática, y está claro que tiene clase…, y le gusta charlar, como a mí. Pero mi nieto va a venir precisamente hoy.

—¿El chico guapo de las fotografías? —Exclamó Brigitte—. ¡Cuánto me gustaría conocerlo en persona!

—Pues no creo que para eso haya ningún inconveniente —rió Maggie Reynolds—. Por lo que me dijo estará aquí hacia las tres o las cuatro de la tarde…

* * *

Eran exactamente las siete y cinco minutos de la tarde cuando Andy Reynolds llegaba en automóvil al 1216 de Pacific Avenue, en San Luis Obispo.

Maggie salió de la casa corriendo a recibirlo, y, desde una ventana del salón, Brigitte contempló la cariñosa escena de besos y abrazos entre abuela y nieto.

Era imposible no sonreír viendo a Andy Reynolds, tan apuesto, tan alto y atlético, tan vital, tan afectuoso… Tenía una sonrisa de las que cautivan los corazones, y una mirada de amigo de los animales. Claro que también la señorita Montfort parecía un ángel y cuando convenía era una máquina de exterminar, carente de piedad

ni consideraciones de ninguna clase, así que la espía se dijo que no debía olvidar en ningún momento que aquel encantador muchachote atlético y sonriente había sido, hasta hacía poco, un eficaz agente de la CIA…, lo cual podía servir para clasificarlo de cualquier cosa menos de ángel.

Cuando Maggie y Andy entraron en el salón, Brigitte, es decir la señorita Lili Connors, esperaba de cara a la puerta, con expresión sonriente de muchacha encantada de la vida, y mirando a Andy Reynolds como si estuviera absolutamente fascinada.

—¡Abuela! —exclamó Andy, saltando de sorpresa—. ¿Qué pasa aquí?

—Es una invitada —rió la anciana—. No he querido decirte nada para darte una sorpresa. Se llama Lili, es escritora y ha querido quedarse para conocerte.

—No me cuentes mentiras, abuela —rechazó Andy—… Tú has querido darme la bienvenida y has contratado un angelito para que me recibiera al llegar a casa.

Lili Connors soltó una carcajada. Y volvió a reír cuando Andy se acercó a ella, le pinchó una mejilla con un dedo, y exclamó:

—¡Pues no es un ángel, es de carne y hueso…!

—¿Quieres dejar de hacer el loco? —Simuló enfadarse Maggie —. Vamos, Andy, pórtate con formalidad.

—¿Cómo está usted, señorita? —Tendió la mano el ex espía—. Estoy verdaderamente encantado de conocerla. A sus pies.

—Muy amable —volvió a reír Lili Connors, aceptando la mano masculina—. Yo también estoy encantada de conocerle. Y ahora, ya puedo marcharme.

—¡Claro que no! —Protestó Maggie—. Como mínimo se quedará a cenar, querida.

—¿Puedo saber qué está ocurriendo aquí exactamente? —se interesó Andy Reynolds.

Maggie se lo explicó, e inmediatamente Andy se opuso a que Lili se marchara, puesto que tan bien se entendía con su abuela… y tan «desconsoladoramente hermosa» le parecía a él.

—¿Desconsoladoramente hermosa? —se sorprendió Lili—. Me habían dicho muchas cosas hasta ahora, pero nunca eso, señor Reynolds… ¿Cómo debo interpretarlo?

—Lo que quiero decir es que para mí es desconsolador conocer a

una muchacha tan hermosa y saber que está fuera de mi alcance.

—¿Y por qué estoy fuera de su alcance? —Se pasmó Lili—. Que yo sepa, no soy una estrella, por ejemplo.

—Entonces… ¿significa eso que podemos iniciar nuestro romance de amor ahora mismo?

Una vez más rió Lili Connors, imitada ahora por Maggie, que le dio un cariñoso empujón a Andy.

—Siempre serás un sinvergüenza —amonestó—… Deja ya en paz a Lili, y ocupémonos de tu equipaje. ¿Cuántos días vas a quedarte?

Lili Connors captó perfectamente la sombra de preocupación que apareció un instante en el varonil rostro de Andy Reynolds.

—No lo sé, abuela —murmuró—. Supongo que me llamarán aquí para darme nuevas instrucciones. Desde Miami tenía que haber ido a otro sitio, pero recibí instrucciones de interrumpir mi viaje y entonces pensé que podía aprovechar para pasar unos días contigo.

—¿Algo va mal, quizás?

—No… Claro que no. Bueno, será mejor que me arregle un poco para la cena. Y mientras cenamos convenceremos a Lili para que se quede en casa mientras tenga ese trabajo de documentación en San Luis Obispo.

—Se lo agradezco, señor Reynolds —dijo Lili—, pero no me gusta molestar, y si…

—Aclaremos esto. Yo no soy el señor Reynolds, sino Andy. Usted no es la señorita Connors, sino Lili. Y no se va a marchar de casa, porque quizás el que se tenga que marchar mañana mismo sea yo, y entonces mi abuela se quedaría sin usted, que le cae muy bien, y sin mí, que me adora. Y por último, si se va…, ¿cómo podría tener yo la oportunidad de conquistarla?

—Me ha convencido —sonrió dulcemente la señorita Connors—… De verdad, ustedes son unas personas encantadoras, Andy.

—Sí —reflexionó seriamente Andy—, es cosa de familia. Se echaron a reír los tres.

Capítulo V

—Creo que lo menos que yo debería hacer es fregar los platos —se ofreció Lili Connors.

—De ninguna manera —rechazó Andy—… Nadie va a fregar nada en casa esta noche. Hay opciones mejores para la velada, después de una cena tan exquisita y tan gratamente ambientada.

—¿Qué opciones?

—Por descontado que nadie va a fregar platos esta noche. La duda está en qué hacemos… ¿Vemos juntos la televisión? ¿Jugamos a las cartas? ¿Conversamos sobre algún tema que a los tres nos parezca interesante? ¿Proponemos soluciones para los problemas del mundo? Claro que también podríamos hacer lo siguiente: mientras mi abuela termina de ver uno de sus programas favoritos de televisión, nosotros nos vamos por ahí a dar un paseo, tomar un par de copas, quizá bailar un rato… ¿Qué tal? ¿Verdad que tengo ideas geniales?

—Claro que no —se opuso Lili—. No vamos a dejar sola a Maggie.

—Claro que sí —dije Maggie—. Yo estoy cansadísima de tanto reír así que me acostaré muy pronto, pero vosotros no tenéis por qué seguir mi ritmo de vida. Me sentiré feliz sabiendo que os estáis divirtiendo.

—Es una joven abuela de lo más comprensivo —aseguró Andy.

Lili movió la cabeza, como quien no logra salir de su admiración ante una situación o unas personas. Por supuesto, la propuesta de Andy fue la que tuvo más éxito, y, poco después, los dos salían de la casa. Ya acomodados en el coche de Andy, éste preguntó, mirando maliciosamente a Lili.

—¿Te gusta el champán?

—¡Me encanta el champán! —exclamó ella.

—Iremos a tomar un par de copas a un sitio encantador que

conozco, en la carretera. Y por si estás pensando que debí ir a buscar champán para la cena, pues no, porque a mi abuela le sienta fatal.

—¿No le gusta?

—Todo lo contrario: le gusta tanto que cuando empieza a beber champán no sabe detenerse a tiempo, y termina por sentarle mal. No habría sido nada simpático que la vieja Maggie se nos hubiera emborrachado.

—¡Estás exagerando! —rió Lili.

—Sí…, pero sólo un poco. Entonces… ¿vamos a por ese champán?

—Claro que sí.

Andy arrancó suavemente. La Pacific Avenue estaba silenciosa y tranquila. La noche era encantadora, tibia, estrellada. Andy Reynolds puso música de cassette. Lili lo miró, sonrió, y se relajó en el asiento. Le estaba ocurriendo algo extraño… Por una parte, a cada instante se le hacía más difícil recordar que estaba atendiendo un asunto de espionaje; por otra parte, sentía una… tensión, un desasosiego que no podía vencer de ninguna manera, era como un pellizco sostenido en el estómago. Y ella sabía que cuando experimentaba esa sensación era porque había algo malo en torno a ella, algo malo estaba latente en el aire…

—Daría cualquier cosa por saber qué estás pensando —dijo Andy.

—Lo que estoy pesando no vale ni cinco centavos.

—¡Ya lo creo que vale cinco centavos! ¡Y muchísimo más! ¿Acaso no estás pensando en mí?

—Pues… de un modo indirecto. Estaba pensando que la vida es muy extraña: en veinticuatro horas puede cambiar completamente.

—Ya. Y en menos.

—Supongo que sí. ¿No te parece extraño todo? De un día para otro conoces a unas personas que son como las demás, supongo, pero que parecen ser diferentes, te hacen ver las cosas de otro modo, y reflexionar sobre las cosas como si te ocurrieran por primera vez. No sé si me explico.

—Creo que te entiendo, pero de todos modos tenemos toda la noche por delante para intercambiar impresiones sobre la vida, la muerte… y el amor. A propósito: ¿qué opinas del amor?

—Que es lo mejor de la vida.

—Perfecto. ¿Y de la muerte?

—Como no la conozco no puedo opinar sobre ella.

—Caray, pues tienes razón. Y esto significa que sí conoces la vida… y el amor.

—Sí.

—Eso es tanto como decir que yo he aparecido tarde en tu vida.

Lili Connors miró a Andy abiertamente, frunció el ceño, sonrió, y terminó por mover la cabeza con un gesto simpático.

—Andy, si lo que estás tratando de conseguir es…

—Olvídalo, haz como si yo no hubiera dicho nada. Lo siento. Vamos a hablar de otras cosas… Pero quizá sea mejor que esperemos a estar ante esa copa de champán: estamos llegando.

Hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia delante. Lili vio las luces de colores del anuncio del bar de carretera. Su nombre era Night and Day, y parecía muy acogedor visto desde la pequeña explanada en la cual detuvo Andy el coche.

Había media docena de coches más…, y dentro de uno de ellos Lili alcanzó a ver una pareja besándose. Miró a Andy, que evidentemente también había visto a la besucona pareja y se apresuró a alzar las manos como pidiendo tregua.

—Cada cual puede besarse donde quiera y cuando quiera, ¿no? Por lo demás, pronto te darás cuenta de que este es un lugar muy serio.

Lili asintió. Salieron del coche, y Andy lo cerró. Caminaron hacía la entrada. La luz de la palabra «night» era azul, la de la palabra «day» era anaranjada, y se iban sucediendo en un parpadeo continuo. La espía continuaba sintiendo aquella especie de pellizco en el estómago. Algo iba mal, estaba segura de ello. Pero no conseguía captar ningún signo de peligro cerca de ella.

El ambiente dentro del local era, en efecto, serio y grato, incluso tenía cierto estilo. Había mesitas con pequeñas lámparas que proporcionaban una luz tenue y muy bien repartida, en los dos colores, anaranjado y azul. Noche y día. Nada original, desde luego. Andy Reynolds pidió una botella de champán de California. Lili Connors llevaba en su muslo izquierdo sujeta con una tira de esparadrapo, su pequeña pistola de cachas de madreperla; la sentía allí, y eso la tranquilizaba…, pero se habría sentido más tranquila si

la hubiera tenido más al alcance de la mano. Claro que estando sentada podía muy rápidamente asir la pistola…

—¿Qué te parece el lugar? —inquirió Andy.

—La verdad es que resulta más agradable de lo que esperaba. Los bares de carretera no suelen ser tan acogedores.

—Por eso éste tiene éxito. Es caro, pero funciona bien… Tú no eres de California, ¿verdad?

—No. Soy de Nueva York.

—Ajá, estaba seguro de eso. ¿Qué clase de libro estás escribiendo?

—Francamente, Andy, estoy segura de que podemos encontrar un tema de conversación menos aburrido para ti. Pero espera, que ahí traen el champán… Espero que esté lo suficientemente frío.

Lo estaba, se vio enseguida, apenas el camarero sacó la botella del cubo dentro del cual la traía, rodeada de hielo picado. Había un leve rumor de conversaciones en el bar, y una apenas audible música de fondo. Entraron dos jóvenes parejas, riendo, y ocuparon una mesa cercana a la de Lili y Andy. Éste alzó su copa, y murmuró:

—Celebro haberte conocido, Lili.

—Lo mismo dig…

El crujido de la bala fue seco y breve, simultáneo con el crujir de los cristales de la ventana más próxima a la mesa que ocupaban. Casi enseguida, otra bala crujió cerca de ellos, pasando ahora por encima de la cabeza de Lili Connors, casi tocándola…, y sin duda se la habría hecho pedazos si la espía no hubiera reaccionado ya, encogiéndose, tanto por instinto como por experiencia.

En un instante, el grato ambiente del Night and Day quedó hecho añicos. Y en ese mismo brevísimo instante, la reacción de Andy Reynolds y Lili Connors fue tan fulgurante que nadie pudo seguirla con la vista… Todavía los demás clientes del bar no habían conseguido ni siquiera asimilar que algo inquietante estaba ocurriendo cuando ya Lili y Andy habían saltado de la mesa y miraban hacia el fondo del bar, donde en la penumbra azul y anaranjada distinguieron perfectamente a los dos hombres, que de nuevo disparaban contra ellos con armas provistas de silenciador…

Pero su oportunidad había pasado.

Tanto Lili como Andy empuñaban ya su propia arma, que ella había arrancado de su muslo de un tirón y él había retirado de la

especial funda sujeta a la pantorrilla… Al mismo tiempo que otras dos balas buscaban sus cuerpos, Andy y Lili dispararon sus armas. Al fondo del local se oyó el bramido de dolor de uno de los sujetos, que desapareció hacia atrás. El otro se apresuró a hacer lo mismo…

Por fin, la clientela normal del Night and Day estaba reaccionando, y además como cabía esperar en personas normales, esto es, gritando y tirándose al suelo y debajo de las mesas.

Se oyó la imprecación de Andy, que se puso en pie y echó a correr hacia el fondo del local, blandiendo su arma…

—¡No! —Le gritó Lili—. ¡Vuelve!

Él ni siquiera le hizo caso. O quizá no la oyó. Lili se puso en pie ágilmente, y corrió en pos de Andy. Llegó al pasillo angosto y sobriamente iluminado en el que se hallaban los servicios, y, al fondo, la puerta de atrás del bar, ahora abierta de par en par. Lili pareció a punto de salir ella, pero se detuvo en seco, titubeó, y de pronto dio media vuelta y regresó a todo correr hacia el local donde los clientes permanecían todavía en lugares más o menos protegidos. Varios pares de ojos contemplaron desorbitados a aquella elegante, atlética y hermosísima muchacha rubia que corría hacia la puerta pistola en mano. Sus zapatos hicieron crujir de un modo que pareció siniestro algunos de los cristales de la ventana, que habían saltado a todas partes.

Lili abrió la puerta, y salió como disparada hacia la explanada donde, al primer vistazo, no vio nada que pudiera parecerle alarmante. Sin el menor titubeo, la espía corrió hacia la parte izquierda de la construcción tipo chalé, y, nada más doblar la esquina, respingó, al ver ante ella el brillo de un arma y la gigantesca silueta de un hombre.

Plop, oyó Brigitte ante ella, al tiempo que se dejaba caer de rodillas, y, a su vez, disparaba su pistolita.

Por encima de su cabeza crujió la bala, con seco estampido, y Lili oyó su rebote tras ella, en la explanada, y acto seguido su impacto contra uno de los coches allí estacionados. Mientras tanto, el sujeto que había disparado estaba retrocediendo un paso y soltando su pistola; se llevó la mano derecha al ojo de ese mismo lado, la miró luego llena de sangre, y en ese instante su cabeza estalló como si fuese un surtidor, y el hombre se desplomó violentamente hacia Lili, cayendo de bruces ante ésta, con su

destrozada cabeza a menos de medio metro de la arrodillada espía.

Ésta alzó la mirada, vio aparecer corriendo la figura masculina, y la apuntó velozmente con su pistola… A menos de cinco metros, Andy Reynolds detuvo en seco su rapidísima carrera, miró al sujeto caído de bruces y acto seguido a Lili, que le apuntaba a la cabeza con una firmeza propia de una estatua. Por detrás de Lili se oían voces de hombre, expresiones agitadas. Las luces del letrero del Night and Day proseguían con su parpadeo, iluminando por detrás a Brigitte, y por delante, difusamente, a Andy Reynolds, que seguía inmóvil mirando como hipnotizado a la bellísima rubia.

—¡No se mueva, Reynolds! —Sonó una voz en alguna parte—. ¡No mueva ni una pestaña, o lo abraso a balazos!

Andy Reynolds no se movió. Seguía mirando a Lili con fijeza hipnótica. Y ella a él, sin dejar de apuntarle con su pistolita de cachas de madreperla Y así estuvieron hasta que, de pronto, silenciosos y rápidos, aparecieron dos hombres, uno de los cuales se apresuró a quitarle la pistola Reynolds, mientras el otro se acercaba a Lili dispuesto a ayudarla, pero ella abandonó entonces ágilmente su postura de rodillas, y señaló hacia la zona más oscura, detrás del bar.

—Por allí debe de haber escapado uno, Simón, Tengan cuid…

—¡¿Simón?! —Exclamó Andy Reynolds—. ¡¿Tú eres Baby?!

—Cierre la boca —dijo el que le había quitado la pistola.

—Maldita sea, si ella es Baby yo puedo decir lo que me dé la gana, pues también soy un Simón. En cuanto al sujeto que salió corriendo herido, a ése lo alcancé bien… Está muerto ahí detrás.

—Vayan a recogerlo —dijo Lili—. Y a éste también. Cárguenlos a los dos en el maletero de su coche y luego llévenlos a donde podamos analizar tranquilamente lo sucedido. Andy y yo iremos detrás de ustedes. Ve a esperarme al coche, Andy.

Sin esperar a más, Lili Connors guardó la pistolita en el escote y regresó al interior del bar, donde los presentas comenzaban a reaccionar, y el dueño estaba ya avisando por teléfono a la policía. Lili fue directa a la mesa que habían ocupado ella y Andy Reynolds, recogió su bolsito, del cual sacó un billete que dejó sobre la mesa, sonrió al propietario del local, cogió el cubo con la botella de champán dentro, y salió tranquilamente. Un instante más tarde se sentaba junto al atónito Andy Reynolds, bebió un trago de champán

directamente de la botella, y sonrió.

—La verdad es que estamos llenos de prejuicios —dijo—… Hacemos muy buen champán aquí, en California. Casi tan bueno como al Dom Perignon, pero claro, el prestigio del nombre y de la antigüedad pesa mucho. ¿Quieres un trago?

—Santo Dios —jadeó Andy Reynolds.

Lili Connors sonrió, y señaló hacia delante.

—Sigue a Simón y Simón —indicó—… Vamos a ver si aclaramos un poco las cosas, Andy.

Capítulo VI

Ninguno de los hombres muertos llevaba documentación ni dato alguno que permitiera identificarlos. Tan sólo, como posible pista, en el bolsillo de uno de ellos fue hallada una llave de la que pendía una placa de latón en la que se hallaba inscrito el nombre de Orange Inn.

—Debe de ser el nombre de un hotel o un motel —dijo Lili Connors—. Es decir, que debían de estar alojados en algún lugar supongo que cerca de aquí, de San Luis Obispo. Vean de localizarlo, pues quizás en su habitación tengan algo revelador. En cuanto a lo sucedido en el Night and Day, creo conveniente que uno de ustedes haga de enlace con la policía; por un lado, nos haremos simpáticos si les damos explicaciones, y por otro lado quizás ellos ya hayan encontrado el coche en el que estos dos llegaron allá, en cuyo caso, también será interesante echarle un vistazo a ese coche.

—Dentro de poco seremos una docena de agentes para atender todo esto, no se preocupe —dijo Simón-San Luis Obispo; estaba de pésimo humor—… Maldita sea, estos dos puercos pudieron matarla a usted en aquel bar.

—Pero no iban a por mí, sino a por Andy —la espía volvió la mirada, amablemente, hacia el silencioso Andy Reynolds—… ¿Verdad, Andy?

Éste la miró hoscamente, y permaneció en silencio, sentado en el sillón, con el cigarrillo consumiéndose entre sus dedos. Lili Connors hizo un gesto a Simón-San Luis Obispo, que se alejó. La rubia y falsa Lili fue a sentarse frente a Andy, encendió un cigarrillo, y volvió a sonreír amablemente.

—Puesto que ya hemos avisado a Maggie que llegaremos un poco más tarde de lo presumible, tenemos tiempo de conversar cuanto haga falta. Por mi parte, ya te he explicado todo cuanto sé. Ahora te toca a ti.

—Estaba seguro de que te conocía, de que eras una persona diáfana, de esas a las que se conocen en pocos minutos…, pero ya veo que la vida todavía no me ha ensañado lo suficiente.

—¿Qué estás tratando de decirme? —Frunció el ceño Lili.

—Todos sois unos malditos embusteros —jadeó Andy, arrojando rabiosamente contra el suelo su cigarrillo—… ¡Desde luego que estos dos criminales de mierda baratos iban a por mí! ¿Por qué habrían de atacarte a ti, que ni siquiera te conocían?

—¿Y a ti sí? ¿Significa eso que los conocías?

—No los conocía en absoluto, pero está claro, ¿no?: me hacen venir desde Miami a casa de mi abuela cuando en realidad tenían que haberme dado instrucciones para ir a otro sitio. Y mientras tanto, envían a dos asesinos para que me liquide… ¡No puedo creerlo, pero no tengo más remedio!

Lili Connors dirigió una mirada al bulto que formaban los dos hombres muertos y cubiertos por una vieja manta del chalé conseguido por los agentes da la CIA en las afueras de San Luis Obispo.

—Como decíamos —murmuró—, yo te lo he explicado todo, de modo que sabes tanto como yo. ¿Crees que estos dos hombres puedan ser Edgar Nolan y Arnold Sacker, los dos… coordinadores de Greenwood, Georgia, los que desaparecieron de su apartamento de la noche a la mañana?

—Ya te he dicho que no los conozco. Ni conocía a los otros dos que matasteis en Miami, los tales Nellman y Rockdale. Pero sí —Andy también miró hacia los cadáveres—… , parece que estos dos sí podrían ser Nolan y Sacker.

—O sea, que has estado trabajando para alguien que, evidentemente, ha dado orden de que te eliminen.

—¡Je! ¿Nos vamos a sorprender por eso? ¡Claro que han dado la orden de eliminarme, al ver que me hallaba al descubierto! Es muy clásico, eso no va a escandalizarnos a nosotros, ¿verdad? Pero… ¡maldita sea, todo parecía tan… tan hermoso!

—¿Hermoso? ¿Significa eso que tú crees que has estado trabajando para algo… admirable?

—¡Naturalmente!

—Pues a mí, después de todo esto, no me parecen nada admirables esas personas.

—¡Ya lo he entendido! —Estaba furioso Andy—. ¡No tienes necesidad de hurgar sin parar en la herida!

—Será mejor que te tranquilices —recomendó la espía—. Y cuando lo hayas conseguido seguiremos conversando.

—Quiero marcharme de aquí, quiero volver a… ¡Maggie! —Andy se puso en pie de un salto—. ¡Si intentan algo contra mi abuela…!

—Ya me he ocupado de eso —aseguró Baby—. No te preocupes, Maggie está debidamente protegida, sin ella saberlo. Nada turbará su sueño.

Andy aspiró hondo, y encendió otro cigarrillo. Lili Connors le contemplaba con amabilidad y curiosidad a la vez. Allá lo tenía, al hombre que había sorprendido a la CIA y que posteriormente la había alarmado al ir haciendo ofertas a altos cargos de diversos estamentos de la administración norteamericana… Aquella misma noche, dos sujetos habían estado a punto de matar a Andy… y a ella misma, pero el ex espía había reaccionado bien: había matado a uno detrás del bar, y a otro, por detrás, cuando ya ella le había metido una bala en un ojo y se disponía a dispararle de nuevo… Pero ¿por qué Andy llevaba pistola aquella noche? ¿Acaso temía algo? No, seguramente, no, porque si hubiera temido algo como lo que había sucedido no se habría acercado a la casa de su abuela, con riesgo para ésta.

—¿Siempre vas armado? —preguntó.

—Sí.

—Pero has llegado en avión, lo que significa que no has podido traer armas desde Miami, pues los controles que…

—Tengo siempre armas en casa de Maggie, bien escondidas. Sencillamente, cogí una esta noche.

—A mí me parece que eso significa que temías algo, Andy.

—No soy ningún tonto, ¿sabes? —La miró él fijamente—. Y cuando algo me… desconcierta o me hace desconfiar tomo mis precauciones. ¡Yo ya había comprendido que estaba sucediendo algo fuera de control, pero no pensé que fueran ellos mismos quienes me atacarían…! Más bien temía que lo hiciera la CIA, que quizás había conseguido olerse algo, o quizás había sido informada por algunos de los personajes a los que entrevisté.

—Lo que significa que estabas dispuesto a disparar contra tus ex

compañeros de la CIA.

—Maldita sea mi estampa, ¡hablas de la CIA como si fuese un coro de ángeles, y no son más que… unos criminales! ¡Como lo fui yo, como lo eres tú! ¡La gran Baby! ¿Qué eres tú, sino la expresión máxima del criminal poder de la CIA y de otros organismos parecidos?

—¿Y qué eres tú, Andy? —preguntó suavemente Lili Connors.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Acaso no estás trabajando ahora para alguien que, cuando el asunto se pone feo, encarga también el asesinato? Tu propio asesinato, Andy. Te han estado utilizando, y cuando ven que estás en situación comprometida no te ayudan a salir de ella, sino que envían a un par de profesionales a eliminarte. Es decir, que esa… empresa llanada Starfire para la que trabajas, ese Directorio Especial, no es en absoluto mejor que la CIA, ¿no te parece? De modo que dime; ¿qué eres tú?

—Un pobre imbécil —murmuró Andy, desalentado; de pronto sus ojos relucieron esperanzados—… Aunque quizá todo esto tenga una explicación muy diferente a lo que nosotros estamos creyendo, quizá la Starfire no sea la organizadora de estos últimos acontecimientos. ¡Después de todo lo que me dijeron no es posible que resuelvan las cosas asesinando gente!

—¿Qué es lo que te dijeron?

—Que la vida había que vivirla de modo que tuviera sentido.

—Zambomba —sonrió la divina espía—, eso sí que me parece del todo convincente… Un momento, por favor. ¿Sí, Simón?

Simón-San Luis Obispo, que había regresado a la salita y se había plantado ante ambos, puso cara de no creer en los cuentos de hadas.

—Es respecto al Orange Inn —dijo pausadamente—; en efecto, es un motel, situado en la carretera de la costa, entre San Luis Obispo y Santa María, hacia el sur.

—Buen trabajo —aprobó Lili Connors.

—En absoluto. Simplemente, consta en la guía telefónica. Por pura rutina lo hemos buscado en ella, y ahí está. Dista de aquí apenas doce kilómetros. Con su permiso, yo diría que no sería mala idea ir allá a echar un vistazo a esta habitación.

Mostró en alto la llave con la placa del Orange Inn colgando. Lili

Connors frunció el ceño, reflexionó, y terminó por asentir.

—De acuerdo. Envíe allá a un par de compañeros…, pero con todo cuidado, Simón.

—*Okay*.

De nuevo salió de la salita Simón-San Luis Obispo. De nuevo miró Lili Connors directamente a Andy Reynolds.

—Veamos —murmuró—… ¿Qué es eso de vivir la vida de modo que tenga sentido?

—Dedicarla a favorecer a nuestros semejantes en lugar de dedicarnos a utilizarlos, escarnecerlos, humillarlos y masacrarlos. Usted sabe que esto es lo que hacen todos los poderosos del mundo.

—Sí, lo sé. ¿Quiénes y qué te propusieron exactamente para que abandonaras la CIA? Ya imagino que te fueron con un canto de sirenas, pero… ¿quiénes fueron y qué te dijeron exactamente?

—No sé quién fue… Un día, en mi apartamento, recibí una llamada telefónica por medio de la cual me citaron en un solitario lugar de la costa, al sur de Atlantic City. Me dijeron que era para hablarme de lo bueno que se podía hacer en lugar de convertir mi vida en una mierda total como tantos otros. Fui allá. Había dos hombres esperándome, y me dijeron que tenían que vendarme los ojos para llevarme a otro sitio, muy cercano. Acepté, pues para tenderme una trampa a mí no hacía falta tanta comedia, de modo que tenía que ser todo verdad. Me metieron en una barca, y me llevaron a un yate. En el salón de ese yate había tres hombres esperándome. Me dijeron…

—¿Los conocías?

—No. Me dijeron que ellos formaban parte de la Starfire, que eran componentes del Directorio Especial. Es claro, les pregunté qué significaba Starfire y todo aquello, pero me dijeron que de momento no podían darme tantas explicaciones, que antes querían saber si yo estaba de acuerdo con sus proyectos, y si más adelante, tras realizar contactos de captación yo demostraba mi valía y mi sinceridad, posiblemente pasaría a formar parte también del Directorio Especial de la Starfire, como ellos mismos.

—¿Eran hombres jóvenes, atractivos, simpáticos, inteligentes…, como tú?

—Sí. Bueno, no sé qué te parezco a ti exactamente, pero ellos eran encantadores, te lo aseguro. Ya sé, ya sé, hay personas que

parecen encantadoras y son unas malditos criminales, pero este no era el caso. Tampoco se trataba de unos cuantos absurdos locos ilusos que pretendieran arreglar el mundo confiando en la bondad humana, sino gente realista. Me dijeron que también con la bondad se podían obtener beneficios, y que ellos, sirviendo a la Starfire, estaban laborando en ese sentido. Se trataba de conseguir captar para la Starfire personalidades importantes de todo el mundo, las cuales, en determinado momento, estuvieran dispuestas a obedecer órdenes de la Starfire. Aseguraron que, en un momento determinado, se podría obtener el apoyo simultáneo de todos los personajes que hubieran aceptado colaborar con la Starfire, y que en ese mismo momento comenzarían a solucionarse los problemas mundiales de alto nivel en lo referente a la guerra, las enfermedades y el hambre…

—Oh, vamos, Andy…

—¡Mierda para todos! —se excitó Andy Reynolds—. ¿Crees que yo me chupo el dedo? ¡Desde el primer momento me di cuenta de que lo que me estaban proponiendo era un sueño como mínimo, y seguramente una mentira que ocultaba intereses retorcidos! Así que inmediatamente comprendí que yo tenía dos opciones a elegir. Una, negarme a aceptar aquellos sueños y decir que no contaran conmigo…, en cuyo caso, posiblemente, no habría salido con vida de aquel yate. Dos, aceptar el asunto aunque de momento sólo fuese para salvar el pellejo, pues verdaderamente me había metido en un lío. ¿Qué habrías hecho tú?

—Aceptar, claro —casi rió Lili—. O, al menos, simular que aceptaba. Espera un momento, no me digas más: dijiste que de acuerdo, que aceptabas, así que dimitiste de la CIA y te pusiste a trabajar en ello. Si todo era cierto, te darías por satisfecho; si era falso… aprovecharías la menor ocasión para zafarte de su control y denunciarlos a la CIA. ¿Correcto?

—Exacto —masculló Andy—… ¿Hice mal?

—Tal como planteas el asunto, francamente, no. Yo habría hecho lo mismo, o algo parecido.

—Estaba harto de vivir hundido en la mierda. Yo no sé de qué material estás hecha tú, y cómo has podido soportar todo esto durante tantos años, pero yo no podía más, sentía asco de mí mismo. Sabes muy bien la de porquerías que uno tiene que hacer y

aceptar mientras trabaja para la CIA, ¿no es cierto? Pues yo no podía más, no sabía qué hacer, incluso había pensado en irme a llevar vida de monje al Tíbet o algún sitio parecido. Mira que hay gente que lo soporta todo, incluso saber que son unos criminales… No les importa lo que son o lo que hacen, sino qué consiguen de la vida, y todo lo que les interesa conseguir son cosas ajenas a ellos mismos, tales como dinero, placeres, poder… Son cosas sin las cuales esa gente no son nada; quiero decir que si les quitas el dinero y el poder no son nada por ellos mismos. Yo soy mucho más ambicioso, quiero algo mejor para mi vida, quiero que valga por sí misma, quiero que tenga valor para mí y no para los demás que me utilizan… Y me dije: si realmente puedo hacer lo que dicen estos sujetos me sentiré tan satisfecho de mí mismo que viviré feliz y con dignidad el resto de mi vida… ¿Lo comprendes?

—Desde luego.

—Pues eso es todo.

Brigitte frunció el ceño.

—Ya —murmuró—. Pero mira, Andy, esto tiene un fallo: nadie va regalando millones de dólares a personas de las que se espera que hagan algo bueno.

—Acabo de decirte que lo primero que me dijeron fue que la bondad bien utilizada también podía rendir grandes beneficios. ¡Demonios, yo no podía rechazar aquello, hacer algo bueno que además resultase beneficioso para mis semejantes!

—Está bien, no vamos a discutir más esto, pues podría ocuparnos el resto de nuestras vidas. ¿Te has enterado posteriormente de quiénes eran aquellos tres hermosos y angelicales jóvenes del yate?

—No.

—¿Ni sabes el nombre del yate?

—No.

—Pero… ¿los reconocerías si volvieras a verlos?

—¡Naturalmente!

—Pero no los has vuelto a ver, ¿verdad?

—No. A partir de entonces he estado recibiendo las instrucciones generalmente por teléfono. Me señalaban el sujeto con el que debía contactar y captar para la Starfire, y allá iba yo a… reclutarlo.

—Entendido. ¿Adónde tenías que ir después de Miami?

—No lo sé. Estaba esperando instrucciones, pero las que recibí ya las conoces: debía venir a casa, con mi abuela, y esperar.

—Te voy a decir cuatro nombres de nuevo, a ver si te suenan: Nellman, Rockdale, Sacker, Nolan.

—No. Y me cuesta creer que sólo para vigilar mi actuación tuvieran movilizados a cuatro hombres.

—Pues así era. Y bien claro está que aunque inicialmente se tratara de respaldarte también tenían orden de eliminarte si las cosas se ponía feas.

—Ya he comprendido eso —gruñó furioso Andy.

—Está bien. De momento, vamos a dejar las cosas así, mientras esperamos noticias de las investigaciones de mis Simones… Cuando tengamos algunos datos más ya veremos qué hacemos. ¿Crees que tu abuela estará ya durmiendo?

Andy Reynolds sonrió de pronto como el mejor muchacho del mundo.

—Como un ángel —aseguró.

—Entonces, no hace falta que vayamos allá para que se tranquilice al vernos. Descansaremos aquí a la espera de noticias, y si por la mañana no tenemos ninguna ya veremos qué hacemos.

* * *

Ni siquiera dos horas más tarde, cuando todavía Baby y Andy Reynolds seguían dándole vueltas al asunto y puntualizando escrupulosamente diversos detalles, regresaron los Simones que habían ido a investigar en el Orange Inn, y Simón-San Luis Obispo, tras conversar con ellos, los llevó a la salita, a presencia de Baby.

En silencio, Simón-San Luis Obispo tendió dos pasaportes a Lili Connors, que los tomó y los examinó rápidamente. No tuvo ninguna dificultad en identificar por medio de las fotografías a los dos hombres que yacían muertos cerca de ella y cubiertos con una manta. Sus nombres, a juzgar por los pasaportes, eran Randall Porter, británico, y Scott Dew, estadounidense. La espía frunció el ceño, y miró a Simón.

—Podían estar utilizando varios nombres —dijo—. Quiero decir que en Greenwood podían hacerse llamar Sacker y Nolan y aquí Dew y Porter.

—No, porque estos dos de aquí llevaban en el motel casi tres meses. Es decir, más o menos el tiempo que llevaban Sacker y Nolan en el apartamento de Greenwood, Georgia.

—O sea, que Sacker y Nolan han desaparecido, simplemente, y estos dos permanecían en su sitio, es decir, cerca de la casa de Margaret Reynolds, o sea, el único familiar de Andy.

—Creemos que estaban cerca de la anciana por si en determinado momento había que obligar a Reynolds a hacer algo contra su voluntad amenazarle con la vida de su abuela. Cuando los directores de todo este tinglado vieron que las cosas se ponían mal ordenaron a Sacker y Nolan que se largaran de Greenwood, y a Porter y Dew les dijeron que Reynolds vendría aquí, y que debían eliminarlo y largarse.

Lili Connors miró a Andy Reynolds, cuyo rostro parecía de piedra, duro e inexpresivo.

—Está bien —murmuró la espía—, tal como están las cosas sólo nos queda una pista: nuestros «amigos» de Greenwood, Georgia, es decir, Arnold Sacker y Edgard Nolan, así que vamos a concentrarnos en eso. Quiero que se envíen cientos, miles de copias de sus fotos-robot hechas por nuestros dibujantes a todas partes, quiero una criba total en busca de esos dos hombres, y quiero que los encuentren aunque hayan cambiado cien veces de nombre y se hayan disfrazado de chinos o de mariposas. ¿Está claro?

—Está clarísimo —sonrió Simón—, pero usted sabe que no va a ser fácil.

—Tampoco tiene que ser demasiado difícil: esos sujetos no son personas normales que trabajan de camarero o en una oficina, sino sujetos peligrosos, profesionales del crimen… Quizá sean mercenarios, o asalariados eventuales de algún servicio secreto…, incluso posiblemente alguna vez hayan hecho algún trabajo sucio para la CIA. Tenemos sus rostros, tenemos unos medios técnicos que nos permiten enviar sus fotografías a todo el mundo prácticamente en cuestión de segundos, tenemos unos sistemas de comunicación y rastreo escalofriantemente poderosos…, de modo que quiero que me encuentren a esos dos sujetos. Y eso es todo.

—*Okay* —volvió a sonreír Simón-San Luis Obispo.

* * *

Tan sólo diecisiete horas más tarde, cuando Lili Connors, Andy Reynolds y Maggie Reynolds se disponían a cenar en casa de ésta, la rubia espía vio, desde una ventana, la llegada de un coche que conocía perfectamente. En ese mismo instante, Andy llegaba a la sala procedente de la cocina, portando una bandeja con comida. La dejó sobre la mesa, y se acercó a la ventana. Él también identificó el coche: era el de Simón-San Luis Obispo.

—Podía haberte llamado por la radio —murmuró Andy.

—Si ha venido será por algo —replicó Brigitte.

Salió de la casa, y segundos más tarde se sentaba dentro del coche junto a Simón, que dijo:

—Esta noticia quería dársela cara a cara: los han localizado.

—¿A Nolan y Sacker, los tipos de Greenwood?

—Sí.

—*Okay* —sonrió gélidamente la espía más implacable del mundo —… Okay, Simón. Vamos a por ellos.

Capítulo VII

Naturalmente, a la agente Baby la estaban esperando en Nassau dos agentes de la CIA. Viajando ahora con su nombre verdadero y acompañada por el apuesto y simpático Andy Reynolds, la espía internacional llegó al mediodía siguiente a Oakes Field, y, nada más ver a los dos atléticos sujetos que estaban esperando en la recepción de vuelos internacionales, les sonrió. Captó su gesto de pasmo, casi rió, terminó los brevísimos trámites, y salió al vestíbulo, siempre acompañada por Andy Reynolds.

—Perdonen —se le acercaron los dos atléticos sujetos—, no quisiéramos molestarles, pero…

—Apuesto cualquier cosa a que ustedes se llaman Simón I y Simón II —jugó sobre seguro la señorita Montfort.

—Sí —los dos sonrieron ampliamente—… Y acabamos de llevarnos la gran sorpresa de nuestra vida. Porque usted es…

—Baby —interrumpió Brigitte—. Y él, ya lo habrán comprendido ustedes, es Andy Reynolds.

—¿Y qué hace aquí?

—Si encontramos a la gente que lo contrató para la Starfire es conveniente que él esté cerca, para identificarla. ¿Seguimos teniendo bajo control a Sacker y Nolan?

—Totalmente. Ahora están en un motel especial, pero cuando llegaron fueron directos a un yate.

Brigitte y Andy cambiaron una mirada. Luego, la espía señaló hacia la salida.

—Vamos al coche —dijo—, y allá nos lo explicarán todo detalladamente.

Hacía un día espléndido. El coche, un elegante aunque quizás un tanto arcaico Buick, estaba caliente de sol, pero Simón I puso en marcha el aire acondicionado. Se veían palmeras. Un avión despegaba en aquel momento. Simón I arrancó.

—Fueron vistos precisamente en el embarcadero para yates Prince George —comenzó a explicar—. Teníamos vigilancia ahí y en los dos aeropuertos de la isla, pero es evidente que cuando recibimos las fotos y la orden de rastreo ellos ya habían llegado a Nueva Providencia, y se habían instalado en el motel. Al menos, eso suponemos. Y después de instalarse, fueron a Prince George. Allá, fueron recogidos en un pequeño bote y llevados a en yate anclado un poco aguas adentro, si bien ahora está en el embarcadero. El yate lleva el nombre de *Kasbah*.

—¿*Kasbah*? ¿De qué nacionalidad es?

—Lleva bandera panameña —hizo un gesto desdeñoso Simón II —, pero sus ocupantes son de raza árabe. Todavía no los hemos identificado, porque hemos pensado que usted preferiría eso a cualquier indiscreción.

—Desde luego que sí —aprobó la espía—… De raza árabe. Vaya, no me imagino…

—Hay un norteamericano —dijo inquieto Simón I—… Y puedo decirle su nombre, porque lo conocemos perfectamente: es el general Donald Loriman.

—¿El secretario del Pentágono? —exclamó Brigitte.

—Sí.

Todos quedaron silenciosos. Por fin Brigitte movió la cabeza evidenciando su desconcierto.

—No comprendo qué puede estar haciendo el general Loriman con esos árabes —miró a Andy—… ¿Tenías tú alguna noticia de que en esto intervinieran árabes?

—En absoluto. Pero si he de decirte la verdad aún me sorprende más la intervención del general Loriman: ¿qué puede tener que ver un militar con proyectos… beneficiosos para la humanidad? Y no es que pretenda decir que un militar no pueda hacer nada bueno por la humanidad, pero… su profesión no es precisamente humanitaria, ¿verdad?

Brigitte movió de nuevo la cabeza.

—¿El general continúa en el yate? —inquirió.

—La última noticia que tenemos indica que sí.

—De acuerdo. ¿Qué ha querido decir antes con eso de motel especial?

—Es un viejo motel que alguien compró, posiblemente para

derribar las cabañas y construir o un gran hotel o una gran villa privada, pero sigue tal cual fue comprado…, y en él solamente hay alojados hombres. Hay un letrero en la entrada indicando que no hay plazas…, y es lógico, porque está lleno de hombres. Sólo hombres.

—¿Qué clase de hombres?

—Para mí que son mercenarios —se volvió Simón II en el asiento, interviniendo de nuevo—. Son gente muy dura, de eso puede estar segura. Ya conocemos bien esa clase de gente.

—Claro. ¿Y qué hacen en el motel?

—Absolutamente nada. Llevan la vida que corresponde a unas personas en agradables vacaciones. Entran, salen, van a tomar unas copas por Nassau…

Le estamos hablando de lo que sabemos desde anoche, claro está. Sacker y Nolan fueron localizados por la tarde, cuando fueron al *Kasbah*, en el cual permanecieron quizás un cuarto de hora. Luego se fueron al motel en cuestión, y desde entonces tenemos bajo control tanto el yate como el motel. Esta mañana nuestros compañeros han contado no menos de veinticinco hombres instalados en el motel. En el yate parece que puede haber como máximo unas diez personas.

—¿Todos hombres?

—Sí, sí. ¿Le gustaría echarles un vistazo a esos tipos del motel? Ya verá cómo se le enfría el alma, Baby.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que nosotros no somos ángeles del cielo, pero que esa gente… Bueno —movió la cabeza—, son de esa clase de tipos a los que sólo se puede controlar de una manera: matándolos.

—Vamos a dar una vuelta por ese motel.

—Tenemos un buen observatorio en lo alto de una palmera, a la que se puede subir desde el techo del coche y utilizando luego una escalera de cuerda. Un poco rudimentario, pero altamente eficaz.

—Eso es lo que interesa siempre: la eficacia.

Simón I abandonó Wulfe Road al llegar al cruce con Soldier Road, circulando por ésta, con lo que tomó la dirección opuesta a Nassau. Pero por poco tiempo, pues apenas rebasada la Estación Meteorológica enfiló un camino de tierra por entre palmeras. Un minuto más tarde divisaron el coche a la relativa sombra de una

palmera. Había dos hombres a la sombra de otra palmera, pero muy atentos a la llegada del automóvil. Ambos estaban en camisa de manga corta, sin chaqueta, de modo que se veían perfectamente los atalajes que sujetaban la funda al torso, y la culata de la pistola. Brigitte miró hacia arriba, y vio a otro hombre en lo alto de la palmera, de la cual pendía la escala de cuerda; tenía unos potentes prismáticos en una mano.

Tras unos simpáticos saludos por parte de Brigitte, que fueron lo más parecido a una presentación, la espía se encaramó al techo del coche, y trepó sin problema alguno por la escala de cuerda. Allá arriba no se estaba precisamente cómodo, pero el espía de los prismáticos sonrió e hizo un gesto como si ofreciera un trono a la recién llegada, que casi rió.

—Y ni siquiera pasa la más leve brisa de aire —masculló el agente de la CIA.

Ella asintió, se colocó en la posición adecuada para enfocar la mirada hacia el motel, siguiendo las indicaciones de Simón-Prismáticos, y finalmente utilizo éstos para examinar el terreno. Había unas treinta cabañas diseminadas, y abundantes palmeras. En el centro del terreno ocupado por el motel había una piscina. En ésta, cinco o seis hombres refrescaban sus velludos corpachones. Tres más tomaban el sol apaciblemente. Siempre buscando las sombras, bien de palmeras o de las cabañas, había varios automóviles. Brigitte contó nueve. Y tres motocicletas de alta cilindrada Todo estaba en calma, reinaba la paz… Pero sólo era necesario ver las caras de aquellos sujetos para comprender que eran gente de mucho, mucho, muchísimo cuidado.

—Son como una manada de fieras en reposo, esperando el momento de salir a cazar —musitó Brigitte.

—Eso pensamos nosotros… Eh, un momento —protestó Simón, al ver aparecer la cabeza de Andy—, que aquí dos ya somos demasiados, así que imagínese tres…

—Nos las arreglaremos —aseguró Brigitte—… Sube, sube, Andy, y echa un vistazo.

No sin dificultades, Andy Reynolds terminó de subir, y consiguió acomodarse lo imprescindible para poder utilizar los prismáticos. Al poco de comenzar a mirar emitió un silbidito de admiración. Cuando terminó de fisgonear a su gusto, devolvió los prismáticos,

diciendo:

—No me gustaría que me encargaran la caza de esos hombres… vivos, verdaderamente. ¿Habéis visto a Sacker? Las fotos-robot que hicieron nuestros compañeros son tan buenas que parecen fotos de cámara.

—¿No conocías a Sacker? —preguntó Brigitte.

—Ya te dije que no.

—Quiero decir, con otro nombre.

—Ah. No, no, tampoco.

—Me pregunto si alguno de los tres guapos sujetos que te recibieron en aquel yate están ahí, Andy.

—¿Estás bromeando? Aquellos sujetos eran ángeles comparados con esos del motel. Vamos, desentonarían ahí como una paloma en una bandada de buitres. Ya sé, ya sé, quizás aquellos encantadores muchachos sean peores que estos sujetos, pero la apariencia no los relaciona en absoluto.

—Tendremos que ir a ver al yate ahora —dijo la espía—… ¿Crees que podrás reconocer si es el mismo en que estuviste aquella vez?

—Si consiguiera llegar al salón, sí, pues es el único sitio donde estuve sin venda en los ojos. Por lo demás, ni idea. Además, en el yate al que me llevaron a mí no había… o yo no vi ningún árabe. Y no creo que fuese el mismo yate, qué demonios.

—¿Por qué no?

—Porque yo habría visto algún detalle árabe, ¿no? Ya sé que hay árabes muy occidentalizados, pero siempre ponen en sus cosas el detalle que los identifica, que los sitúa como árabes, ¿comprendes?

—Sí. Y creo que tienes razón. Bien, vamos a echar un vistazo al yate *Kasbah*.

—Tenga cuidado al bajar —aconsejó Simón-Prismáticos.

La espía lo miró, soltó una carcajada, lo besó en una mejilla, y descendió por la escala de cuerda, seguida por Andy, que guiñó un ojo al sonriente Simón-Prismáticos. Cuando Andy llegó abajo, Brigitte ya estaba concretando los próximos pasos con Simón I, el cual asintió y dijo:

—Tenemos algo de comer en el coche. Y una nevera portátil con champán.

—Zambomba —se sorprendió gratamente la divina espía—, ¡parece que en lugar de estar en misión de espionaje hayamos salido de *picnic*!

* * *

También en el yate todo era quietud y paz. Estaba amarrado al embarcadero Príncipe Jorge, en efecto llevaba bandera panameña, y, en aquel momento, no se veía a nadie en cubierta. Lo que tenía sentido, pues el calor era tremendo a aquella hora, casi las tres de la tarde.

—Daré un paseo por ahí para intentar ver algo más —dijo Brigitte.

—Te acompaño —saltó enseguida Andy.

—Claro que no. Eso sería correr el riesgo de que te reconocieran y entonces todo se complicaría. —La espía miró su relojito de pulsera e hizo unos cálculos mentales—… Lo más tarde a las seis llegará desde Miami el material que pedimos antes por radio, y entonces entraremos en acción. Mientras tanto, ya es mucho que esa gente permanezca quieta, pues en mi opinión debería inquietarles la falta de noticias respecto a lo sucedido en casa de tu abuela, es decir, en San Luis Obispo. En cualquier momento pueden decidir alzar el vuelo, de modo que no provoquemos que lo hagan antes de lo que nos conviene.

—Tienes razón —masculló Andy—. Esperaré aquí.

Brigitte salió del coche, observada por Andy, Simón I y Simón II. El primero terminó por soltar un gruñido y decir acto seguido:

—Me gustaría saber cómo ella ha conseguido sobrevivir tanto tiempo en este trabajo: parece una persona tan fácil de eliminar…

Los otros dos emitieron una risita de guasa. Andy se removió en el asiento, y dijo.

—Voy a cualquier bar de Bay Street: me estoy orinando.

Salió del coche y se alejó, caminando rápidamente hacia Rawson Square. Más allá, de cara al mar, la señorita Montfort pasaba en aquel momento por delante del *Kasbah*. Era un yate magnífico, blanco impoluto, de línea airosa, unos veintidós metros de eslora. Una embarcación con la que se podía navegar por todos los mares del maravilloso planeta Tierra, pensó la espía.

Cuando regresó al coche, eran casi las cuatro de la tarde. El cielo parecía una irreal pintura azul.

Se sentó atrás junto al impaciente Andy, y suspiro acalorada. Miró su relojito de nuevo.

—Quizá no deberíamos esperar ese material de Miami —sugirió Andy— y atacar ya, en lugar de esperar a las seis.

—No te pongas nervioso —dijo Simón II—, o tendrás que volver en busca de un bar. Nos dijeron que el material llegará «lo más tarde a las seis», no a las seis. Por otra parte, es absurdo correr el menor riesgo atacando con armas cuando la idea de Baby lo resuelve todo fácilmente: se les echa gas narcótico desde un helicóptero, y luego los recogemos a todos tranquilamente. Una pasada de gas, y el motel será nuestro.

—Lástima que no podamos hacer lo mismo con el yate —dijo Simón II—. Si zarpase sí que podríamos hacer una pasada por encima, pero si permanece ahí sería… demasiado espectacular, pues dormiríamos a mucha gente del muelle y de otras embarcaciones.

—Voy a descabezar un sueñecito —dijo Brigitte.

Y para pasmo de los tres hombres, se acomodó bien en el asiento y se durmió en cuestión de segundos.

Despertó sin sobresalto alguno al oír los leves zumbidos de la radio de bolsillo. Simón I estaba atendiendo la llamada en su radio. Eran las cinco menos veinte.

—Sí, ¿qué hay?

—Algo está pasando, Jerry: esa gente parece que se dispone a abandonar el motel… No se trata de que algunos vayan a salir a dar una vuelta por ahí: yo diría que se preparan para marcharse todos. Están metiendo cosas en los coches, todos están en movimiento… No hay nadie tomando el sol, ni nadando en la piscina; todos están vestidos, se han puesto zapatos… Te digo que pretenden marcharse todos. ¿Qué hacemos?

Simón I miró a Baby, que tenía el ceño fruncido y la mirada perdida hacia el horizonte marino… Tras unos segundos de reflexión, dijo:

—Que no permitan que nadie salga de ese motel, aunque tengan que disparar a matar. Pero, preferentemente, que disparen a partir de ahora mismo contra las ruedas de los coches y de las motocicletas. Todos los vehículos que hay en el motel deben quedar

inutilizados para circular… Que todos nuestros compañeros se concentren en eso. Quiero que retengan dentro del recinto del motel a todos esos sujetos, y si alguno intenta escapar aunque sea a pie, que lo derriben como sea. Ustedes dos vayan también allí… Andy y yo nos ocuparemos del yate.

—Pero… hay diez o doce personas en ese yate, y ustedes dos solos…

—Hagan lo que les digo.

—De acuerdo —gruñó Simón I, disponiéndose a dar el encendido.

—Pero espere… Andy y yo nos quedaremos con la lancha, y los dos compañeros que hay en ella ahora irán también con ustedes. Simón: no quiero que ni uno solo de esos sujetos escape de ese motel, ¿está claro?

Salió del coche, seguida por Andy Reynolds, y ambos se encaminaron hacia donde estaba la lancha en la cual dos agentes de la CIA, simulando turistas aficionados a la pesca, permanecían a la expectativa de lo que hiciera el yate *Kasbah*, amarrado a unos ciento cincuenta metros de distancia de la lancha.

—Nos quedamos la lancha —dijo Brigitte, tras saltar a ella—… Vayan al coche con Simón I y colaboren en su acción. Nosotros nos encargamos del yate.

Los dos Simones obedecieron sin rechistar. Andy Reynolds tenía fruncido el ceño y sonreía a la vez. Brigitte le hizo una seña, y entraron ambos en la cabina-vivienda de la lancha, que disponía de una salita diminuta, una cocina increíble, y dos literas. Sobre una de éstas colocó Brigitte su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y sacó de él la peluca rubia, que se puso hábilmente, y acto seguido las lentillas de contacto. Andy la observaba atentamente en silencio, y sólo desvió la mirada cuando ella la tendió una pequeña radio.

—Yo voy a ir al yate —dijo—. Si no…

—¿Qué? —Saltó Andy—. ¡Pero qué dices…!

—Andy, escúchame: si no te llamo por la radio antes de una hora querrá decir que algo me ha ocurrido, y entonces…

—Maldita sea mi estampa… ¡Estás loca! ¡Deja que acabe lo del motel y entonces podemos atacar todos ese yate!

—No. Estas cosas las hago siempre a mi manera, y así seguiré.

No vamos a organizar una batalla en este muelle sin saber por qué la organizamos. De modo que voy a ir allá y voy a seguir mi línea de trabajo de siempre, es así de simple… y de lógico. Pero escucha bien: si ese yate zarpa sin que yo haya desembarcado, o transcurre una hora sin que tengas noticias mías, querrá decir que a mí me van mal las cosas, y que por tanto la gente que hay en ese yate son unos criminales. ¿Lo entiendes?

—¡Claro que lo entiendo! Pero insisto en que…

—Esto —colocó la espía sobre la litera el material que ofrecía a Reynolds— parece un simple trípode para colocar la cámara de fotografiar, pero en realidad es un tubo-fusil que puede disparar diversos tipos de cápsulas…

»Aquí las tienes: explosivas, incendiarias y narcóticas, cada una con su color diferenciado. El montaje del fusil se consigue utilizando como disparador esto que parece un secador de cabello… Exacto. Es simple, ¿verdad?

—Sí —murmuró Andy—… Es muy simple.

Ella miró la frente de él, que estaba como rociada con sudor, un sudor fino y reluciente. Tomó una mano de Andy y le dio unas palmaditas cariñosas.

—Tranquilízate, todo irá bien.

—¿Todo irá bien? Tú no estás en tu sano juicio… Pero además, maldita sea, ¿qué esperas conseguir metiéndote en la boca del lobo? ¿Qué es lo que pretendes?

—Saber qué están tramando esa gente, es decir, la Starfire y su… Directorio Especial.

—¿Y crees que te lo van a decir? —Se pasmó Andy.

—No es exactamente eso —sonrió la divina—, pero, Andy, de un modo u otro yo siempre consigo lo que quiero. Y quiero saber qué es lo que realmente está tramando la Starfire. Ahora bien, que ellos me lo digan por las buenas o por las malas ya es otra cuestión.

—¿Cómo podría hacerte comprender el terrible riesgo que significa meterse en ese yate?

—¿Cómo podría hacerte comprender, querido Andy, que estás hablando con la agente Baby?

Andy Reynolds abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir…, y terminó por cerrarla herméticamente, sin haber encontrado nada que replicar a la última pregunta de la espía más peligrosa del

mundo. Ésta sonrió, le dio otras cariñosas palmaditas en una mano, agarró su maletín, y abandonó la cabina de la lancha. Andy oyó sus pisadas en la cubierta.

Luego, nada.

* * *

Mirando por una de las portillas, el general Donald Loriman vio a la hermosa muchacha rubia que se detuvo en el embarcadero frente al yate. La luz solar confería un esplendor insólito a su piel que parecía talmente de oro. La muchacha estuvo allí apenas cinco o seis segundos. Luego, decididamente, se dirigió directa hacia la pasarela de acceso al yate.

Loriman suspiró, y salió del camarote. Recorrió el pasillo, hasta el *living-yacht*. En éste, cómodamente instalados, había cinco hombres de indudable ascendencia árabe, pero vestidos a la europea con elegante desenvoltura.

En aquel momento, procedente de la cubierta, entraba en el saloncito uno de los tripulantes del yate, que habló correctamente en inglés mirando a uno de los árabes, el más viejo y más gordo del grupo.

—Una mujer pregunta por el señor Melville, Stanford Melville.

—Tráela aquí —dijo el árabe.

El tripulante salió, para regresar enseguida precediendo a la bella muchacha rubia de grandes ojos verdes, a la que introdujo en el salón retirándose seguidamente.

La muchacha miraba atónita de uno a otro hombre, y finalmente, miró al general Loriman, que, ciertamente, vestía no sólo de paisano, sino un atuendo informal y deportivo.

—¿Dónde está Stanford? —preguntó la rubia.

—Aquí no hay nadie que se llame así, señorita —dijo el árabe que sin duda era el jefe del grupo.

—¿Cómo que no? —Se enfadó ella—. ¡Ya lo creo que sí! No soy ninguna tonta, ¿sabe?, de modo que si me dicen que me esperan en el yate *Kasbah* esta tarde pues… es que me esperan en el yate *Kasbah* esta tarde.

—Ya. Es decir, que un tal señor Stanford Melville le dijo a usted que le esperaba esta tarde en este yate.

—Exacto, amiguito.

—Pues mucho me temo que la engañó —sonrió el árabe—… Puede estar bien cierta de que ese señor Melville y nosotros no nos conocemos. Así que ni siquiera entendemos por qué él le mencionó este yate.

—Bueno, él… Nos conocimos en el Carlton anoche… ¿Conocen el Carlton…? Ya veo que no. Bueno, es un bar elegante adonde suelo ir con alguna frecuencia. Nos pusimos a charlar. Él dijo que tenía el yate aquí, pero que hasta esta mañana no se irían unos invitados… ¡Maldito sea el muy cerdo!

—Tranquilícese. Son cosas que pasan… Me imagino que ese granuja la acompañó luego a su apartamento, le dijo de tomar una copa… Y usted, ante la perspectiva de poder disfrutar algunos días de un estupendo yate digamos que se mostró… simpática y complaciente sin poner… tarifa a sus servicios, esperando mayores recompensas. ¿Ocurrió así?

—Oiga, usted tiene una lengua… de víbora, ¿sabe?

—Lo único que he hecho —rió el árabe— ha sido seguirle el juego, ayudarla a completar su… argumento. Es usted una chica con mucha imaginación, señorita Montfort.

—Y mucho valor —susurró el general Loriman—… Jamás se me habría ocurrido pensar que la más famosa periodista del mundo y de América fuese una de las piezas más importantes de la CIA en todo el mundo.

Capítulo VIII

Durante unos segundos pareció que aquellas personas reunidas en el salón del yate *Kasbah* no fueran de carne y hueso, sino estatuas. Por fin, la rubia sonrió simpáticamente, y dijo:

—Vaya, general Loriman, ya veo que su servicio de información es mejor que el mío.

—No se trata de eso —rechazó Loriman—… Simplemente, usted cometió un error: presentarse en el Ocean Hotel como Brigitte Montfort cuando ese cretino de Reynolds entrevistó a Andrei Tichenko. ¿Sabe, señorita Montfort?: nosotros también sabemos pensar, y su presencia allí nos incitó a ello. Luego, sólo hizo falta que dos de nuestros hombres desaparecieran en Miami, que una encantadora joven apareciera en casa de Maggie Reynolds…

—De lo cual les avisaron inmediatamente aquellos dos asesinos de poca monta llamados Porter y Dew, que intentaron matar a Andy… y a mí en el bar Night and Day.

—Comprenda usted que su provocación a la sospecha era excesiva. Sí, lamentablemente, había que suprimir a Reynolds. Lástima, porque es un muchacho… dócil y manejable.

—Y crédulo.

—Sí, bastante crédulo —sonrió Loriman.

Brigitte sonrió también, se sentó en un sillón mostrando la belleza alucinante de sus piernas, y abrió el maletín… Se quedó mirando al general Loriman, que la apuntaba firmemente con una pistola, dura la expresión de su rostro seco y anguloso.

—Tranquilícese —recomendó amablemente la espía—. Solamente deseo fumar. ¿No puedo?

—Deje ese maletín inmediatamente. Y si quiere fumar, en esa mesita tiene cigarrillos.

Brigitte asintió y obedeció. Mientras ella encendía un cigarrillo el general Loriman examinó el contenido del maletín, sin encontrar

nada que le pareciera inquietante, salvo una pequeña pistola con cachas de madreperla, que se guardó en un bolsillo. A través del humo, la espía contempló inexpresivamente uno a uno a los cinco árabes que la miraban entre irónicos y admirados.

—Pero evidentemente —dijo Loriman, como si la conversación no se hubiera interrumpido— también nosotros hemos cometido un fallo: ¿cómo ha podido encontrarnos?

—Sacker y Nolan fueron localizados en Greenwood, Georgia, y los dibujantes de la CIA hicieron unas fotos-robot que fueron adecuadamente distribuidas por toda el área de influencia de la CIA.

—Eso significa que también tienen localizado el motel.

—Por supuesto. Y en estos momentos está totalmente cercado.

—Maldita sea.

—General Loriman, usted sabe que es absolutamente imposible que tal como están las cosas usted y sus amigos logren escapar. Hablando en términos militares yo me atrevo a sugerirle que acepte una… honrosa capitulación en lugar de empeñarse en una estúpida batalla suicida. Demuéstreme que es usted un hombre inteligente.

—Se lo demostraré —sonrió aviesamente Loriman—… La hemos esperado precisamente para llevarla con nosotros, pues sé que es nuestro salvoconducto hacia la libertad. Nadie nos atacará mientras tengamos como rehén a la agente Baby.

—No podrán ir muy lejos.

—Se equivoca. Iremos a África, y allá desapareceremos. Y nadie podrá seguirnos ni detenernos… a menos que estén dispuestos a recoger su cadáver flotando en el mar.

—Entiendo. O sea, que en lugar de escapar digamos… despavoridos han tenido la sangre fría de esperar mi visita para utilizarme como salvoconducto. Ha sido una idea excelente, lo admito. ¿Éste es el mismo yate al que llevaron a Andy Reynolds para hacerle la propuesta de integrarse en la Starfire y su Directorio Especial?

—No.

—Lo que significa que hay otro yate cerca de aquí en el cual están los tres hermosos jóvenes que contrataron a Andy. Incluso es posible que esté lo suficientemente cerca como para… bombardear este yate si la CIA, desdeñando mi supervivencia, decidiera atacar,

en cuyo caso mis Simones serían pillados entre dos fuegos.

—Es usted una mujer insólitamente inteligente, señorita Montfort —dijo uno de los árabes.

—¿Insólitamente? —Alzó las cejas ella—. ¿Lo dice porque resulta extraño que una mujer sea inteligente? Usted, señor mío, no es más que un pene con turbante.

—No llevo turbante —dijo secamente el árabe.

—No me sorprende: no tiene dónde colocárselo.

—Usted pagará muy caras esas palabras.

—¿Sí? ¿Qué piensa hacerme? ¿Violarme? ¡Huy, qué miedo, un hombre atacando a una pobre e indefensa mujer…! Atrévase a tocarme, asqueroso, y verá lo que queda de su pene después que yo le dé su merecido.

—Quietos todos —gruñó Loriman—. No sé qué pretende ella con esta provocación, pero en esto no le vamos a seguir el juego. Tenemos cosas mucho más importantes que hacer.

—¿De veras? —Le miró Brigitte—. ¿Como por ejemplo regalar cinco millones de dólares a cada personaje importante que secunde los… benéficos planes de la Starfire?

—Siempre quedan ingenuos en el mundo —dijo suavemente el árabe de más edad—, y lamentablemente, son utilizados por los más… maliciosos.

—Ustedes no podrán utilizar nunca a esos hombres que Andy fue entrevistando —aseguró Brigitte—: no sólo están bajo control, sino que en realidad ellos no desean colaborar con la Starfire, pues temen que sea algún proyecto poco recomendable.

—No nos importa lo que en realidad piensen, sino lo que hagan. Y estamos seguros de que harán lo que nos conviene. Y si no ellos, por estar excesivamente controlados en estos momentos, lo harán otros nuevos que buscaremos. En realidad, señorita Montfort, todo esto ha sido una especie de… programa piloto, una prueba. Y ahora sabemos que puede funcionar. ¿Le gustarla saber cuál es nuestro plan?

—Es decir, que piensan matarme —susurró la espía.

—Naturalmente. De otro modo no le diríamos nada. Tiene usted que comprender que después de haber visto nuestros rostros no podemos permitir que siga con vida. Y muy especialmente sabiendo que podría dictar nuestros rostros a esos magníficos dibujantes de la

CIA, con lo que, tarde o temprano, la CIA nos localizaría… ¡Y Alá nos libre de caer en mano de la CIA después de haberles privado de la agente Baby!

Brigitte iba a decir algo cuando percibió las primeras vibraciones del yate.

Miró por una portilla, y vio cómo la imagen del exterior iba cambiando; es decir, que el yate, todavía muy lentamente, comenzaba a desplazarse. Zarpaban.

—No sean absurdos —murmuró—: no podrán ir muy lejos con este barquichuelo antes de que la CIA los alcance.

—No es usted la única persona que dispone de recursos, se lo aseguro, y tendrá ocasión de comprobarlo. Pero bueno, usted quiere saber cuáles son nuestros planes, ¿no es así? Básicamente, consiste en concentrar a importantes personalidades en determinado lugar y en determinado momento… No crea usted que estamos trabajando solamente en Estados Unidos, o en América en general… También estamos realizando la misma labor en Europa, el mismo plan. En realidad, es muy simple: en todas partes, colaboradores nuestros como Andy Reynolds entrevistan personajes de alto nivel, y les hacen esa propuesta. Sobradamente sabemos que desconfían, y que no tienen intención de obedecer nuestras posteriores instrucciones, pero, señorita Montfort, nosotros contamos a nuestro favor con una faceta humana muy poderosa: la curiosidad. ¿Me sigue usted?

—Me cuesta mucho, pues su inteligencia es muy superior a la mía, que sólo soy una simple mujer, Pero creo que le voy entendiendo.

El árabe rió quedamente, mirando de reojo a su compañero que poco antes se había enfrentado verbalmente a la espía americana.

—Sí —prosiguió—, la curiosidad. Ninguno de nuestros personajes entrevistados obedecería nuestras órdenes, pero no nos importa, por la sencilla razón de que no tenemos la menor intención de darles ninguna clase de orden. En realidad, lo único que queremos de ellos es que cuando se les envíe un mensaje diciéndoles que tal día a tal hora deben estar en tal lugar, acudan a la cita. Y tenemos la certeza de que el noventa y cinco por ciento acudirán, por curiosidad… y también para enterarse y luego informar a su servicio secreto nacional. Sin embargo, ninguno de ellos podrá informar de nada a nadie. ¿Sabe usted por qué?

—Me temo que será porque estarán muertos.

—¡Exactamente! Es tan simple, ¿verdad? La idea es citar a todos los entrevistados simultáneamente, bien entendido, en diferentes partes del mundo y teniendo en cuenta los cambios de horarios. Por ejemplo, si a un personaje residente en Nueva York se le cita a las cuatro de la tarde, a uno de San Francisco se le cita a las doce del mediodía: será diferente hora, pero el mismo momento. ¿Comprende? Y lo mismo en cualquier lugar del mundo, es decir, que si en San Francisco son las doce del mediodía y en Tokio son las ocho de la mañana, pues al entrevistado de Tokio se le entrevista a las ocho de la mañana… ¿Comprendido esto?

—Sí —replicó secamente Brigitte.

—Me parece que ya va usted comprendiendo —sonrió el árabe.

—Ustedes, lo que quieren hacer con esas personas a las que ofrecen planes bondadosos y cinco millones de dólares es asesinarlos a todos… A todos a la vez. Por eso tenían ese motel convertido en un cuartel de asesinos profesionales esperando el momento de actuar.

—Sí. Ese cuartel era sólo para América. Tenemos otros parecidos en Europa, Asia y África, e incluso en Australia, esperando nuestra orden de entrar en acción. A cada asesino se le asignará una víctima, un lugar y una hora. Y en un momento determinado se producirán en todo el mundo, simultáneamente, los asesinatos de más de doscientos personajes de alto nivel. ¿Y sabe para qué, señorita Montfort?

—Dígamelo usted.

—Para provocar una tensión mundial, un enfrenamiento tan virulento que, exacerbado por otros pequeños… contratiempos de índole internacional que provocaremos, dará lugar a enfrentamientos armados que se irán… extendiendo y generalizando. En pocas palabras, señorita Montfort: queremos provocar una guerra absolutamente mundial. ¿Y sabe por qué?

—¿Porque su petróleo se está depreciando y se está consumiendo cada día menos… y quieren que se convierta de nuevo en materia de gran consumo, y el mejor modo de conseguirlo es movilizar el aparato bélico de todo el mundo, con el consiguiente aumento desaforado del consumo de combustible?

El silencio fue verdaderamente notable.

Se oía levemente el rumor de las máquinas del yate. Ahora, por las portillas solamente se veía el azul del cielo, las estampas de tierra habían desaparecido.

—Caballeros —dijo suavemente la espía americana—, estoy esperando su respuesta.

—Nos ha dejado usted mudos de asombro —dijo el árabe director del grupo—. ¿Y para qué seguir conversando, si ya lo ha comprendido todo a la perfección?

—Sólo tengo una duda: ¿estos planes son de índole… nacionalista o tan sólo son de índole particular, de sujetos como ustedes, que han sobornado desgraciados como el general Loriman?

—Son planes de índole particular, naturalmente. Mire usted, en nuestra zona somos muchos los árabes que dependemos particularmente del petróleo. Y, simplemente, ninguno de nosotros quiere volver a ser pobre. Si el consumo y el precio del petróleo han bajado, nosotros haremos que vuelva a subir. Es muy elemental.

Brigitte apretó los labios, y quedó silenciosa. Estaba oyendo el rumor de un helicóptero acercándose al yate. Los demás todavía no lo habían oído, evidentemente. Pero un tripulante del yate entró en el salón y señaló hacia arriba.

—Está llegando —dijo simplemente.

Loriman sonrió rencorosamente, mirando a Brigitte.

—Es un helicóptero con el cual van a recogernos los tres colaboradores que contrataron a Andy Reynolds. No un yate, sino un helicóptero grande, veloz, bien abastecido, que nos pondrá rápidamente fuera del alcance de la CIA. Para cuando quieran localizarnos ya no será posible… Tampoco encontrarán este yate, pues nuestros hombres lo hundirán en determinado lugar y regresarán por separado a… su lugar de origen. Pero hasta que ese momento llegue, usted, señorita Montfort, se va a convertir en un agradable premio: nuestros hombres se la irán pasando de uno a otro hasta que se cansen de usted. En ese momento, le cortarán la cabeza y arrojarán sus restos al mar… ¿No es cierto, Selim?

—Sí, general —sonrió el tripulante—. Será muy agradable.

—Que os divirtáis. Toma —le puso la pistola en la mano—, quédate vigilándola mientras nosotros subimos al helicóptero. Y tened mucho cuidado, pues es una mujer muy peligrosa.

Selim sonrió, como divertido. Loriman hizo un burlón gesto de

despedida, y se encaminó hacia la puerta. Los cinco árabes salieron antes que él.

Ahora, se oía atronadoramente el zumbido del helicóptero, por encima del yate. Brigitte dirigió una mirada a su maletín, y luego miró serenamente a Selim a los ojos.

—¿Te gustaría ser un hombre muy rico? —murmuró.

—No. Cállate y no te muevas de ahí.

—Tengo mucho dinero escondido en ese maletín —señaló—… Te lo podrás quedar para ti solo, sin repartirlo con tus compañeros, si me ayudas a salvar la vida.

Selim ladeó la cabeza y entornó los párpados, como queriendo ocultar la codicia de su mirada. Se acercó al maletín, y miró su contenido. Luego, con el ceño fruncido, miró Brigitte.

—No hay dinero aquí —gruñó.

—Está en un doble fondo que sólo yo puedo abrir. Hay más de cien mil dólares en billetes de mil y cinco mil.

—A verlos —movió la pistola Selim—… Venga, sácalos de ahí. Pero mueve las manos muy despacio, o te mataré.

—De acuerdo.

Brigitte se acercó al maletín. El helicóptero remontaba de nuevo el vuelo; es decir, que había recogido ya a Loriman y a los cinco árabes, y muy pronto se perdería de vista. La espía abrió completamente el maletín, sacó el contenido muy despacio, bajo la atenta mirada de Selim, y accionó el resorte que abría el doble fondo, donde, además de dinero y pasaportes, llevaba siempre una pistola idéntica a las que pudiera ir perdiendo…

—Apártate de ahí —ordenó Selim.

Ella obedeció, y Selim se acercó y miró brevemente el contenido del doble fondo. Vio como en un *flash* la pistola y los fajos de billetes. Sonrió burlonamente, cogió la pistola, y se la guardó. Luego, volvió a meter la mano, cogió el fajo de billetes, y lo miró con alegre codicia…

En cierto modo fue una muerte feliz. Ni se enteró.

Brigitte agarró el peine que había sacado del maletín, accionó el lomo del modo que sólo ella conocía, y el agudo estilete de acero salió como disparado, mientras la espía lanzaba el tremendo golpe hacia la cabeza de Selim. El estilete impactó de punta en la sien derecha, penetró en el cerebro, y produjo la muerte fulminante del

árabe, que se desplomó como si llevase muerto una eternidad, con los ojos en blanco. Brigitte recogió las dos pistolas, empuñando la suya con la mano derecha y la otra con la izquierda, y corrió hacia la escalera que conducía a la cubierta…

La explosión fue terrible.

Por la abertura divisó el resplandor rojo a pesar de la intensa luz del día. Acto seguido se produjo otra explosión y una nueva llamarada. Brigitte terminó su veloz carrera, apareciendo en cubierta, y todavía pudo ver cómo el gran helicóptero se esparcía por el aire en varitas de hierro al rojo y retorcido; por entre el fuego y la chatarra vio algunos cuerpos destrozados que emprendían un descenso humeante hacia el mar…

Oyó el grito de uno de los tripulantes, lo miró, y vio su rostro crispado y el gesto de su brazo en busca de la pistola.

Plof, disparó la espía.

Un diminuto agujerito negro apareció en la frente del hombre, que saltó hacia atrás muerto en el acto. Y también en el acto Brigitte dejó caer las dos pistolas, corrió hacia la borda, y saltó ágilmente por encima. Un instante después se hundía en las cristalinas aguas. Y debajo del agua continuó oyendo el rumor de los poderosos motores gemelos de la lancha que se acercaba al yate…

Cuando regresó a la superficie, no quedaba en el cielo ni rastro del gran helicóptero, pero sí trozos del mismo flotando todavía en las aguas refulgentes de sol. El yate seguía navegando, alejándose…, seguido muy de cerca por la veloz y poderosa lancha pilotada por Andy Reynolds, que se disponía a disparar de nuevo con el tubo-fusil de Baby, con el cual ya había abatido el helicóptero.

Era perder el tiempo, Brigitte estaba segurísima de ello. No había necesidad alguna de disparar contra el yate, pues, obviamente, Loriman y los árabes lo habían dejado preparado para que explotase y se fuese al fondo con todos sus ocupantes, cortando así su pista.

Sin embargo, Andy Reynolds sí disparó, y nada menos que tres veces, contra el yate *Kasbah*, convirtiéndolo en un rugiente volcán con un espectacular penacho de negro humo. Cada ampolla incendiaria que Reynolds disparaba creaba una enorme bola de

fuego que envolvía el hermoso barco de recreo, hasta que éste fue todo como una gigantesca hoguera en cuyo interior no se veía nada ni nada podía sobrevivir.

Entonces, Andy Reynolds viró, y emprendió el regreso con la lancha hacia Nassau, describiendo un amplio arco que le evitaría el encuentro con otras embarcaciones que acudieran desde la isla a ver qué había ocurrido.

Este es el final

Anochecía cuando, finalmente, el coche se detuvo frente al pequeño *bungalow* ubicado frente a una playa que parecía un paisaje irreal, con la luna al fondo, las olas teñidas de tono anaranjado, y las siluetas de las palmeras recortándose como en fuego vivo. Al volante iba un agente de la CIA, y otro junto a éste. Detrás, Simón-Nassau, y junto a él, Andy Reynolds, con expresión sombría.

Durante unos segundos, reinó el silencio completo entre los cuatro hombres. Por fin, Simón-Nassau murmuró:

—Es decir, que ni siquiera volviste a verla viva.

—No. Ella ya me dijo que si zarpaban significaría que la habían matado. De modo que les seguí, dispuesto a enviarlos al fondo, tal como ella me lo había ordenado, y cuando les estaba dando alcance apareció el helicóptero… Maldita sea, comprendí toda la jugada, y sencillamente no supe controlarme y me los cargué a todos.

De nuevo hubo un prolongado silencio, hasta que Simón asintió.

—De acuerdo. Por la mañana quizás encontremos el cadáver de ella flotando con algunos de los otros. Dos de los nuestros fueron para allá en un helicóptero después de la explosión, pero no pudieron sacar nada en claro.

Además, pronto se llenó todo de embarcaciones, e incluso aparecieron más helicópteros… ¡Dios! ¡Hemos perdido a Baby!

Otro silencio. Finalmente, Simón señaló el *bungalow*.

—Descansa ahí. Mañana pasaremos a buscarte para enviarte a la Central. Nosotros terminaremos de arreglar todo el asunto de la masacre de asesinos que tuvimos que hacer en aquel maldito motel… Hasta mañana.

—Adiós —murmuró Andy Reynolds.

Se apeó. El coche emprendió el regreso hacia Nassau. Andy Reynolds estuvo quizás un minuto contemplando la playa llena de luna. De pronto, sonrió. Se había librado del desastre

milagrosamente. Los había liquidado a todos, y así ninguno de los implicados, es decir, ni el general Loriman ni ninguno de los otros, de los árabes, podrían decir nunca nada respecto a la verdad…

Porque Andy Reynolds no se engañaba: él sabía que la CIA, tarde o temprano, habría encontrado a Loriman y a los árabes, y entonces habrían sabido que había sido él, Andy Reynolds, quien había concebido el plan, y quien se lo había propuesto al ambicioso general Loriman, que ansiaba grandes acontecimientos en los que pudiera demostrar su valía como militar… Sí, la CIA habría terminado por enterarse de que él era el creador del plan, de la Starfire, del Directorio Especial… Nada de riesgos. Todos muertos, y a empezar de nuevo. Había intentado conseguir dinero y poder, y había fracasado. Bueno, pero lo volvería a intentar más adelante, de otra manera. Y entonces no cabría el temor de que apareciese Baby a descubrirlo todo…

—«En realidad —pensó Andy—, sólo he cometido dos pequeñas equivocaciones. Una, la de ir a casa de mi abuela si temía que atentaran contra mí, pues ella debió de comprender que de ser verdad esto yo no habría arriesgado la vida de mi abuela; pero cuando Dew me llamó al hotel de Miami y me dijo que había una hermosa mujer pasando la noche en la casa de mi abuela comprendí que tal como estaban las cosas, sólo podía ser Baby, así que… había que eliminarla…, aunque simulasen que disparaban contra mí. El segundo fallo, fue el de ir a orinar… Pero tenía que hacerlo, tenía que alejarme como fuese del coche, para avisar a los del yate de que Brigitte Montfort era la agente Baby y que iba hacia el yate… En realidad los he manejado a todos como a marionetas. Ah, y tengo que deshacerme cuanto antes de este cinturón, en el que llevo escondida la pequeña radio con la que me comuniqué con Loriman en el *Kasbah*… Por la mañana saldré a nadar un poco, y hundiré el cinturón en algún sitio seguro».

Se lo quitó, y se lo pasó por el cuello, dejando que por cada lado colgara un extremo. Sí, se había arriesgado mucho con esos dos detalles pero, evidentemente, la agente Baby, y todavía menos los Simones, no habían sabido estar a la altura de las circunstancias…

Entró en el *bungalow*, encendió la luz, y contempló sonriente la agradable salita. Sobre una mesita había un cubo de plata con una botella de champán metida en hielo, que Andy contempló

irónicamente.

—Caramba, qué gran detalle por parte de los muchachos —dijo en voz alta.

—No es para ti —dijo la suave voz tras él—: es para mí.

Sintió como si una descarga de hielo penetrase violentamente en su cuerpo, y durante unos segundos creyó que ya jamás podría moverse. Pero por fin, lentamente, se volvió.

Brigitte Baby Montfort estaba sentada en un sillón de palma que parecía el trono de un rey polinesio. Se hallaba en albornoz, con sus hermosos cabellos negros resplandecientes, todavía húmedos, como ensortijado Los azules ojos le contemplaban inexpresivamente. Andy Reynolds parpadeó, muy despacio… Con los ojos de la imaginación vio a la espía flotando en el mar, cerca de los restos del yate, del cual, sin duda, había saltado antes de que él lo atacase. La vio en el agua, contemplando todo lo que sucedía tan cerca de ella, sin llamarlo, sin pedirle ayuda…, porque ya había comprendido toda la verdad, y sabía que si él la veía la iba a enviar al fondo del mar.

La vio flotando en las transparentes aguas, esperando que él se alejara, buceando si él se acercaba a donde ella se hallaba… La vio haciendo señas luego al helicóptero ocupado por dos agentes de la CIA que acudían al lugar de los hechos…

Y la vio subir al helicóptero, la vio depositada sana y salva en aquel *bungalow*, la vio ducharse, la vio esperarlo tranquilamente, mientras se enfriaba en hielo la botella de champán…

De repente, Andy Reynolds sonrió de aquel modo tan encantador, y dijo:

—Me permitirás, al menos, que tome la última copa de champán.

—No.

Ella alzó de pronto la mano derecha, dejando ver la pistola provista de silenciador, y, simplemente, apretó el gatillo. Plop, chascó el arma. La bala perforó la frente de Andy Reynolds, destrozó su cerebro, le derribó como un guiñapo, lo mató en el acto.

La espía americana se acercó a donde estaba la botella de champán, la descorchó, se sirvió una copa, y bebió un sorbo con expresión absolutamente plácida.

—Decididamente —dijo—, empieza a gustarme el champán de

California.

FIN

Notas

[1] Fuego de Estrella, en inglés. <<